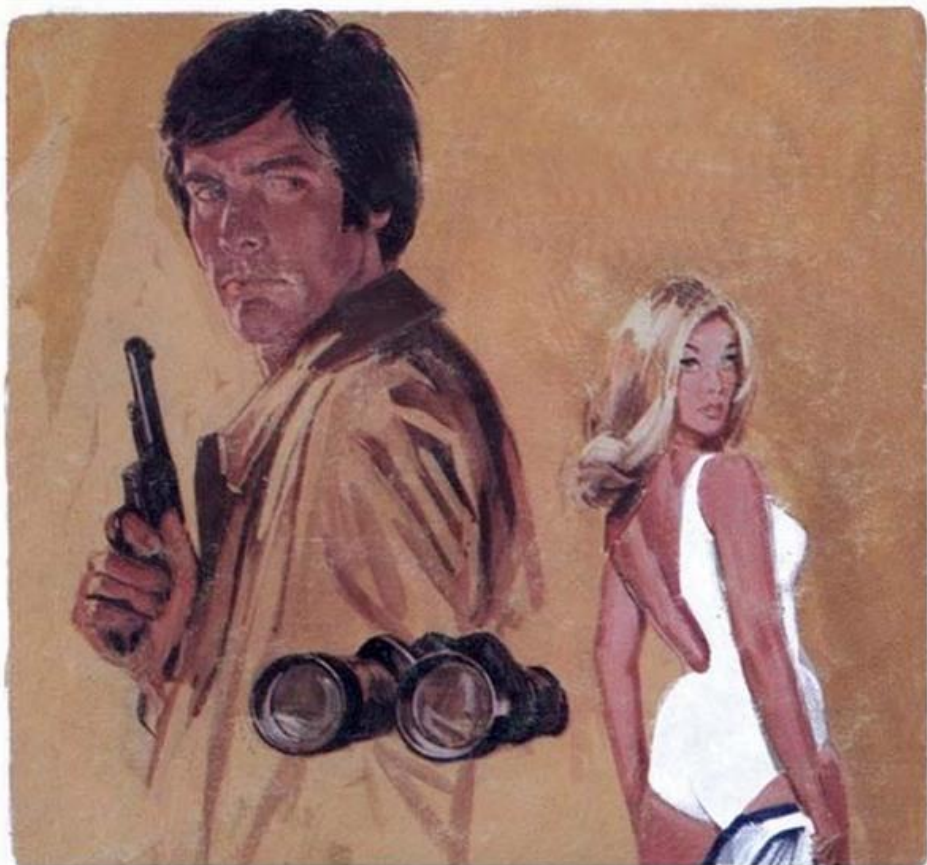




Lox CARRIGAN

PASTO PARA TIBURONES





eb

LOU CARRIGAN

PASTO PARA TIBURONES

Colección LA HUELLA n.º 107
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 36.692 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición en esta Colección: noviembre, 1976

© Lou Carrigan - 1969

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Eran las dos a cuál más bella. Estaban las dos a cuál menos vestida, con aquellos lindísimos bikinis. Pero eso no importaba demasiado, puesto que estaban en el *living* del yate, las dos solitas.

Tilda era morena, y Marion, rubia. El bikini de Tilda era rojo, y el de Marion, azul. Tenían buen gusto. Además, tan morenitas, aquellos colores les sentaban estupendamente. Bueno..., cualquier cosa tenía que sentarles estupendamente.

Pero se aburrían.

Las mujeres siempre se aburren sin los hombres, eso es bien sabido. Y como los hombres de Tilda y Marion estaban en la cubierta del yate, pescando, ellas se aburrían. Sabían muy bien que afuera lucía un sol centelleante, abrasador, y preferían aburrirse a tomarlo con exceso.

¿Por qué tenía que gustarles la pesca a los hombres?

—¿Por qué les gustará tanto pescar? —preguntó lánguidamente la morena Tilda.

Marion dio una respuesta de contundente lógica... femenina:

—Porque son tontos.

—Eso debe ser... ¿Qué estás leyendo?

—Cosas de cine. ¿Y tú?

—Un ejemplar atrasado de Go.

—Oh.

—¿Qué pasa?

—Estamos hablando mal de los hombres porque les gusta la pesca, y tú te pones a leer Go... ¿No es un contrasentido?

—Seguramente, sí. Pero estaba con las revistas, y como a mí me aburren las revistas...

—Pero Go es más aburrido, querida^[1].

—No creas, también hay cosas bonitas... ¿Sabes lo que dijo el pobre Kennedy una vez?

—¿Qué dijo?

—Aquí está escrito: «Compatriotas americanos: no os preguntéis lo que vuestro país puede hacer por vosotros; preguntaos qué podéis hacer vosotros por vuestro país».

—Vaya... Eso sí es bonito, ¿verdad?

—Eso creo. Luego hay otra frase. Una tontería... Oh, pero no es de Kennedy.

—¿De quién es?

—La escribió alguien que se firmó «Anónimo». Dice: «El capitán dicta las decisiones del barco; el mar dicta las decisiones del capitán».

Marion se echó a reír.

—Pues a mí no me parece tan tonto eso, Tilda. ¿Acaso no es cierto que el mar manda siempre?

—Tonterías.

Marion encogió los bonitos hombros. No tenía el menor deseo de discutir. Hacía demasiado calor.

Quizá habría discutido si hubiese sabido que poco después el mar iba a darle la razón. Pero como no lo sabía, desvió la conversación.

—Si al menos estuviese Nina aquí... Tres mujeres tienen más cosas que hablar que dos, ¿no te parece?

—No sé... Lo que me parece es que a tu hermana no le hago mucha gracia yo, Marion.

—Eso sí que son tonterías, Tilda. Lo que pasa es que a Nina le gusta mucho tomar el sol tranquilamente en la playa. Y como ella ni está casada, ni... Bueno...

—Te aseguro que obligaré pronto a Hilary a casarse conmigo... Si tiene buena pesca —señaló hacia el techo del *living-yacht*—, le diré que ya llegó el momento. Como estará contento, quizá acepte. Y ojalá tu marido pesque también algo importante. Los hombres son siempre más tratables cuando han conseguido algún éxito.

—Cierto. Y tienes razón. Ojalá Tobiah pesque también algo importante. Me parece imposible que dos hombres solos, ahí arriba, al sol, no se aburran con una caña en las manos.

—Son tontos, tú lo has dicho antes. ¿Qué decías de tu hermana?

—Digo que ella no tiene por qué seguir a ningún hombre, ni procurar tenerlo contento. Así, puede quedarse tranquilamente en la playa del club, diciendo que ni hablar de pasarse la mañana metida aquí dentro.

—Está más tostada que nosotras dos. Va mucho a tomar el sol... Siempre está en Surf Club. ¿No crees que quizá tenga algún motivo poderoso para hacerlo?

—¿Algún hombre?

—¿Por qué no?

—Tonterías... Nina me lo hubiese dicho. Lo que ocurre es que en la playa de Surf Club se está estupendamente. Eso es todo. ¿Y si subiésemos a cubierta a decirles a nuestros cariños que todavía estamos aquí... y vivas?

—No es mala idea.

Se pusieron en pie, siempre lánguidamente. El yate navegaba a poca velocidad, suavemente. Tilda se acercó a uno de los cristales que formaban el amplio ventanal de cinco lados, hacia la proa, y miró al exterior.

—Siempre lo mismo: mar, mar, mar... ¿Sabes otra cosa que he leído en Go?

—¿Qué cosa?

—Un anuncio.

—Oh, qué fastidio...

—No, no... Verás, es el anuncio de un *luau*. Ya sabes, esas fiestas tipo Hawai... Te ponen guirnaldas en el cuello, hay música polinesia... Exactamente como si estuvieses en Honolulu. ¿No es bonito?

—Bueno, pero no vamos a ir ahora a Honolulu para asistir a un *luau*, querida.

—Lo hacen en Miami, en los jardines del Polynesian Paradise. Está en. —Tilda tomó de nuevo la revista y la hojeó hasta encontrar el anuncio—, en la 79th Street Causeway. Reservas: teléfono UN 5-3735.

Estoy segura de que ha de ser una fiesta divertidísima, Marion.

—Y nosotras nos habremos ganado hoy esa fiesta —aprobó Marion—. Se lo diremos a ellos.

—Pues no perdamos tiempo... ¿Crees que alquilarán o venderán sarongs en el Polynesian Paradise? Me gustaría ir vestida como una

hawaiana, y bailar... Luauuu..., luauuu..., luauuu...

Y Tilda comenzó a cimbreadse como si ya estuviese oyendo la música polinesia.

Marion se echó a reír, y la imitó algunos segundos.

—¡Luauuu..., luauuu..., loinnnggg...!

Lo que hace el tedio.

Luego, las dos rieron. Y Marion dijo:

—Vamos arriba. Les diremos que estamos vivas y que esta noche queremos ir a ese *luau*. Será mejor que nos pongamos los sombreros y los lentes... ¡Vaya día de sol!

Comenzaron a colarse el sombrerito cónico.

Entonces...

Entonces, el yate aminoró bruscamente la marcha. Tan bruscamente, que las dos mujeres fueron lanzadas hacia el largo diván rojo, corrido.

Oyeron, arriba, la voz excitada de un hombre. El yatecillo se detuvo completamente, y entonces se distinguió, con toda claridad, la voz de Hilary Cozza, gritando:

—¡Tobiah...! ¡Tobiah...! ¡Tilda, Marion, subid en seguida...!

Marion había palidecido. Parecía una estatua. Tilda le tiró suavemente del brazo, también con expresión asustada.

—Corre, vamos arriba... Algo ha pasado...

—¡Marion! —continuaba gritando arriba Hilary Cozza—. ¡Subid inmediatamente! ¡Tobiah ha caído al agua!

Subieron a cubierta a toda prisa. Cuando aparecieron allí, Hilary Cozza estaba ya en la popa, mirando angustiosamente hacia el agua. Las dos mujeres corrieron hacia allí...

—No..., no sé cómo ha pasado —tartamudeó Hilary Cozza—. Sólo oí el chapoteo, miré y... no vi a Tobiah...

Marion se mordió los labios.

—Pero ¿dónde estabas tú? —gimió.

Hilary señaló hacia el puesto de mando. Estaba situado sobre el techo del *living*, formando un pequeño reducto con parabrisas de fibra de vidrio. Allí estaba el volante, todos los mandos del yatecillo.

—Yo estaba arriba, gobernando el yate... Tobiah estaba aquí, en la popa... Le oí lanzar una exclamación, me volví, y sólo pude verlo, con la caña en las manos, cayendo hacia el agua...

—¿La sacó del soporte? —musitó Marion.

—Debió atrapar alguna buena pieza, de envergadura... ¡Ahí está la caña!

Las dos mujeres miraron hacia el lugar señalado y, en efecto, vieron la caña, flotando. Hubo unos segundos de silencio, hasta que Marion, angustiada, musitó:

—Pero Tobiah no sale...

—Marion, querida, cálmate —dijo cariñosamente Tilda—. Tobiah es un excelente nadador... Saldrá en seguida...

Tilda miró a Hilary Cozza. Éste pasaba la lengua por sus labios secos de pronto, fija la mirada en el agua. En seguida, sus ojos, muy abiertos, mostraron una expresión de espanto. Señaló hacia el agua con mano temblorosa.

—Allí... Allí... Oh, Dios mío...

Dio la vuelta y subió precipitadamente la escalerilla que llevaba a la pequeña cubierta de mando, mientras las dos mujeres miraban hacia el agua, sin ver nada que llamase especialmente su atención.

El yatecillo se puso en marcha, virando. En pocos segundos se acercó al punto señalado por Hilary Cozza. Entonces, sí, las dos mujeres pudieron ver con absoluta claridad lo que había señalado Hilary Cozza.

Sangre.

Sangre subiendo a la superficie, Cozza se reunió con ellas, muy pálido. Las dos mujeres parecían petrificadas por el horror.

—Debe..., debe ser sangre de..., de la pieza —musitó Cozza.

—Pero Tobiah no sale...

Hilary Cozza buscó desesperadamente una explicación, como si se propusiese más calmarse a sí mismo que a Marion. Señaló hacia el punto donde las aguas espumeaban al chocar con unos arrecifes que apenas sobresalían del agua un par de pies. Quizá distaban del yate unas treinta yardas.

—A..., a lo mejor está nadando hacia los..., los arrecifes...

—Hilary —susurró Tilda—, hay mucha distancia hasta allí para nadarla bajo el agua.

—Pero..., pero Tobiah es un..., un gran nadador...

—Ya tenía que haber salido.

—Eeeh... No, no... Ya veréis cómo..., cómo aparece pronto...

Pero lo único que iba apareciendo era sangre. Más sangre. La

caña flotaba cerca de ellos. Y la sangre. Pero no había ni rastro de Tobiah Trask.

Por el cielo pasó un par de gaviotas enormes, blanquísimas. Cerca del yatecillo, una bandada de peces saltarines, brillantes como plata y oro sobre las verdiazules aguas, que se tornaban de un blanco espumoso al chocar contra los cercanos arrecifes.

Durante quince segundos, Cozza y las dos mujeres permanecieron inmóviles, mirando hacia el agua como hipnotizados. Al cabo, Marion Trask dejó oír su voz temblorosa:

—No..., no sale...

Cozza volvió a pasarse la lengua por los labios.

—Quizá todavía esté...

—¡No sale! —chilló Marion—. ¡Está muerto, ha muerto, lo ha devorado un tiburón, o lo ha matado un pez espada, o...!

—Querida, cálmate...

Una mano de Marion Trask se clavó, crispada, en un brazo de Hilary Cozza.

—Hilary..., Hilary..., ¿hay..., hay tiburones por este lugar...?

Hilary palideció.

—No... No...

—¡Dime la verdad!

—Bueno...

—¡Hay tiburones! —aulló Marion.

—Marion, espera... Cálmate... No suelen haber tiburones por aquí... Eeeh... No suelen haber, no...

—Pero ¡llegan hasta aquí!

—Pues... Bueno, sí, es posible que alguna vez llegue alguno... Estamos muy alejados de la playa... Tobiah y yo somos..., somos aficionados a la pesca en serio, ya sabes...

—¡La pesca en serio! —chilló estridentemente Marion—. ¡Mira lo que habéis ganado con la pesca en serio!

Señaló hacia la sangre, que estaba formando una mancha sobre el agua, diluyéndose ya...

Tilda y Cozza se miraron. Cozza le hizo una seña a ella, y la mujer comprendió. Pasó un brazo por los hombros de Marion, que se estremecían debido a los profundos sollozos, y susurró cariñosamente:

—Vamos abajo, Marion... Será mejor que tomes algo ahora.

—¡No quiero... tomar nada!

—Un *whisky* te sentará bien, querida.

Hilary Cozza, pálido como un muerto, musitó:

—Tilda tiene razón, Marion... Es mejor que vayas a beber algo ahora. Tranquilízate.

Marion se sacudió de los hombros la mano de Tilda Griffin.

—Déjame... Dejádme...

—Daré..., daré una vuelta por esos arrecifes —murmuró Cozza—. Quizá Tobiah haya llegado allá, y..., y esté al otro lado, herido... Sería... Es la última esperanza, Marion. Si no está allí... —hizo una pausa por demás significativa—. Llévate a Marion abajo, Tilda.

Ésta miró a la esposa del desaparecido Tobiah Trask, como especulando sobre la posibilidad de convencerla. Le pareció que podía lograrlo, de modo que nuevamente le pasó un brazo por los hombros y la llevó hacia la entrada al *living-yacht*.

Cuando las dos mujeres desaparecieron por la escalerilla, Hilary Cozza regresó de nuevo a la cubierta superior, y puso en marcha el yatecillo. Durante diez minutos estuvo navegando alrededor de los minúsculos arrecifes.

Pero, realmente, nadie ni nada se veía en éstos.

Y es del todo imposible que un hombre permanezca bajo el agua durante un cuarto de hora... y continúe vivo.

Entonces, Hilary Cozza puso rumbo a la playa, hacia el Surf Club, en la costa atlántica de Surfside, Miami Beach.

Atrás, dejaba un flamante asesinato.

CAPÍTULO II

Surf Club no es precisamente un lugar al que pueda entrar cualquiera. El solo hecho de estar en la arena de la playa particular de tal club, tomando el sol, implica la posesión de ciertas rentas en absoluto ridículas.

Hay un par de piscinas en forma de «boomerang», embarcadero, parasoles, servicio de bar en la playa... Hay de todo. Y todo, ya se sabe, vale mucho dinero.

Quizá por eso, Nina Blaine no se sentía demasiado molesta por las insistentes miradas, ciertamente correctas, de aquel tipo de ojos grises y cabellos rojos. Si aquel tipo estaba allí, debajo de un parasol de ramajes, era porque tenía dinero. Y el dinero, por lo general, hace simpático a cualquier hombre.

Bueno..., casi a cualquier hombre. Lo cierto era que el tipo aquel sí parecía simpático. Además de tener los ojos grises y los cabellos rojos, tenía los hombros muy anchos, las manos grandes y brazos bien musculados, la cintura como si fuese un manojo de cables retorcido, y, lo más atractivo de él, unos hermosos dientes fuertes y muy blancos, que destacaban en su rostro tostado como un relámpago en la oscuridad de la noche.

Más o menos, así era aquel tipo. Y no era viejo. A veces, los viejos resultan simpáticos por eso: pues porque tienen dinero. Pero aquel hombre de la sonrisa como un relámpago, ni siquiera debía tener treinta años. A pesar de eso, debía tener dinero..., y resultaba simpático.

Muy simpático.

No de aquel modo empalagoso del simpático profesional, sino del modo sencillo de quien es simpático como podía ser gordo o rubio. Era simpático porque sí, y no podía evitar nadie esa cualidad.

La verdad era que Nina Blaine sentía unos grandes deseos de corresponder a la fulgurante sonrisa. Incluso temía que, sin habérselo propuesto ella, se le hubiese escapado alguna sonrisa... Oh, eso sería un poco... bochornoso.

Bochornoso.

Cuando se tienen veinte años, no se debe sonreír a un hombre de buenas a primeras. Se corre el riesgo de que el hombre llegue a creer que ella es una solterona ávida de compañía.

«Solterona, bueno —pensó cándidamente la muchacha—. Pero todavía no desespero de encontrar compañía. Aún puedo ser bonita durante unos cuantos años».

¿Quién sabe?

Es terrible tener veinte años. A Nina Blaine le parecía que la vida se le estaba escapando. Allá estaba su hermana Marion, por ejemplo. Se había casado hacía ya muchos años. Había vivido. Marion tenía ya veintisiete años, pero nadie podía llamarla vieja, ya que estaba casada. Y bien casada, con un hombre adinerado, el simpático Tobiah Trask. Claro, Marion era ahora Marion Trask, no Marion Blaine.

Pero ella, Nina, era todavía Nina Blaine, solterita... y muy vieja. Qué horror: ¡veinte años... ya...!

Hasta que había llegado el hombre de los ojos grises y los cabellos rojos, Nina había estado leyendo una novela policíaca titulada Dulce asesinato. Los novelistas son una gente rara. Así, por las buenas, dicen que un asesinato puede ser dulce...

Lo cierto era que, desde la llegada del simpático ejemplar de la serie masculina, la novela había perdido el noventa y nueve por ciento de su interés. Era un bajón considerable.

El hombre había llegado allá como si estuviese muy cansado, y se había tumbado en la arena dispuesto a dormir, según parecía... Llevaba un *slip* a rayas rojas y negras. Y un periódico. Eso era todo, aparte del paquete de cigarrillos y el encendedor. Pero luego, después de haberla visto a ella y haber optado por permanecer bien despierto, había atraído la atención de uno de los beach-barmen con una elegantísima seña y había pedido algo. Cuando Nina vio el enorme vaso, comprendió, por el color de su contenido, que el pedido entraba de lleno en el reino de la naranja.

Quizá el simpático personaje no bebiese alcohol.

Pero fumaba mucho, leía poco y le sonreía al sol... y a ella.

Seguramente, era uno de esos atareados hombres de negocios que se daba la gran vida en los fines de semana. Y siendo sábado, pues le tocaba descanso.

Nina Blaine decidió dejar de pensar en aquel hombre. La mejor solución era, sin duda, pensar en otras personas. En Marion, por ejemplo. Y en su marido, Tobiah Trask. Tobiah era un hombre simpático y bueno. Lo único que podía reprochársele era que le gustaba demasiado pescar. Igual que a Hilary Cozza. Los dos eran socios y parecían cortados por el mismo patrón. En cuanto disponían de un día o dos, se iban a pescar a lo grande...

Era una tontería intentar dejar de pensar en el hombre de sus pensamientos tumbado bajo el sol, cara al cielo, cerrados los ojos, y, evidentemente, muy satisfecho de la vida.

—Estúpido...

Eso era: un estúpido. Después de tanto sonreírle, se tumba a dormir, al fin. Muy disgustada, Nina Blaine decidió aprovechar la ocasión de que el hombre no la mirase a ella, para mirarlo a sus anchas.

Bueno. Pues entonces, cuando lo estaba mirando a ojos llenos, el hombre movió una mano, tomó su vaso de algo con naranja o de naranja con algo, y, alzando un poco la cabeza, le sonrió.

Nina se sofocó. No porque fuese una niña tonta, ni muchísimo menos, sino porque comprendió que el hombre la había engañado...

—Pues se va a llevar un chasco si ahora viene a hablarme.

El chasco se lo llevó ella, porque el tipo de los ojos grises, después de sonreírle y de tomar un sorbo del vaso, regresó a su comodísima postura, cerrando los ojos.

¿No era un tipo... despreciable?

Enfurrugada consigo misma, porque a su pesar se sentía atraída por el tipo despreciable. Nina se dedicó a mirar el mar. Estaba muy lindo, muy azul, muy verde también... Había mucha gente que se dedicaba al esquí acuático...

De pronto, Nina Blaine vio el yatecillo de Hilary Cozza y Tobiah Trask, su cuñado. Navegaba a toda marcha hacía la playa, lógicamente hacia el embarcadero.

Lo vio llegar y descender de él a su hermana Marion, a Tilda, la... amiga de Hilary Cozza, y al propio Hilary Cozza.

Pero ¿dónde estaba el simpático Tobiah Trask?

Tranquilita bajo su palmera, Nina movió una manita, llamando la atención de los recién desembarcados navegantes. Tilda fue la primera en verla, y entonces los tres corrieron hacia ella. Antes de que llegasen allá, Nina había comprendido que algo insólito estaba ocurriendo.

Se puso en pie con el tiempo justo para recibir en sus brazos a su hermana mayor. Marion lloraba desconsoladamente, llamando la atención, por supuesto.

Al mismo tiempo, Cozza y Tilda intentaban explicar algo, muy excitados.

Increíblemente excitados.

—¡Y ya no salió! —exclamaba Tilda—. ¡Oh, Nina, ha sido horrible, horrible...!

Nina Blaine miró a Tilda Griffin por encima de un hombro de su hermana, que continuaba sollozando.

—¿Qué es lo horrible, Tilda? —preguntó.

—¡Lo de Tobiah! ¡Te lo estamos diciendo! Parece que enganchó una pieza grande con la caña y lo tiró al agua, lo arrastró... Debió aparecer un tiburón, y..., y Tobiah ya no salió a la superficie... ¡Dios mío, que horrible! Tenías que haber visto la..., la sangre, flotando en el agua...

Nina Blaine todavía estaba algo confusa. Parpadeó, apartó de sí a su hermana y musitó:

—¿Estás diciéndome que a Tobiah lo ha matado un tiburón?

Hilary Cozza intervino serenamente entonces:

—¿Qué otra cosa ha podido ser? Cayó al agua, yo lo vi... Y después sólo vimos sangre... Estuve más de diez minutos dando vueltas por allí, pero Tobiah no salió...

—¡Pe... pero... Tobiah es..., es un nadador excepcional! —gimió Nina.

—¡Por eso creemos que ha ocurrido lo peor!

—Dios mío...

—Hay que hacer algo —tartamudeó Cozza—. Avisaremos a la Policía, o a quien sea... Quizá..., quizá podamos recuperar el cuerpo, o..., o... Bueno, no sé... Los tiburones...

Todos miraban hacia ellos, pero nadie se movía. Era un lugar discreto...

—¿Puedo ayudarles en algo?

Los cuatro se volvieron hacia quien había hecho el ofrecimiento. Ni más ni menos que el tipo simpático de la sonrisa refulgente. Al verlo junto a ella, Nina pensó que era maravillosamente alto y fuerte, y que...

—Ha habido un accidente —explicó Cozza—. Estábamos pescando, y un pez ha tirado al agua a mi socio... Luego, hemos visto sangre, y él no ha salido... Creemos que quizá algún tiburón... Deberíamos llamar a la Policía...

—Es mejor que se calmen todos —aconsejó el pelirrojo—. Y, de todos modos, no creo que sea cosa de la Policía un accidente de esa clase... ¿Tienen ustedes radioteléfono en el yate?

—Eeeeh... Sí, sí, señor —informó Cozza.

—Debieron llamar a la Base de Guardacostas.

—Pues... Oh, es cierto... Bueno...

—Todavía pueden hacerlo. El servicio de «hombres-rana» de los guardacostas les será de mucha utilidad.

—Bien... Es cierto, claro...

—Están ustedes demasiado nerviosos... Mi nombre es David Cravens. Si me lo permiten, puedo ayudarles. Es seguro que hay alguna lancha guardacostas navegando por aquí cerca. Con una llamada a la base, desde allí mismo darán las órdenes oportunas. No hay que desesperar. Quizá su socio esté ahora necesitando ayuda, señor...

—Yo... Cozza. Hilary Cozza, señor Cravens. Es usted muy amable...

—No tiene importancia. Me ofrezco para lo que sea. Opino que lo mejor sería regresar a su yate y llamar a los guardacostas, diciéndoles que se les espera en el lugar del accidente... ¿Podría usted localizar ahora ese lugar, señor Cozza?

—Oh, sí... Tobiah y yo conocíamos muy bien estas aguas. Fue cerca de un arrecife...

—Se lo diremos a los guardacostas —cortó David Cravens—. Si no me rechazan, les acompañaré. Y lo mejor será que nos demos prisa.

—¿Prisa? —suspiró Marion—. ¿Para qué? ¿Para qué la prisa...?

David Cravens consiguió media sonrisa.

—Nunca se sabe...

—Ella es Marion Trask, la esposa del..., de mi socio.

Cravens inclinó ligeramente la cabeza. Miró a Nina, que a su vez estaba mirando a él, pero cuando la muchacha estaba esperando algo amable para ella, todo lo que dijo Cravens fue:

—Vayamos al yate. Si les parece, mientras ustedes llevan la embarcación hacia el lugar del accidente, yo llamaré a la Base de Guardacostas... ¿Tienen plano a bordo, señor Cozza?

—Sí...

—Vayamos a verlo. Deberá indicarme el lugar, para que yo pueda informar a los guardacostas, mientras usted guía el yate.

—De acuerdo... Sí, me parece bien... Muchas gracias, señor Cravens. Es cierto que todos estamos muy nerviosos.

—Es natural. ¿Vamos?

Ante la curiosidad general, las tres mujeres y los dos hombres corrieron hacia el embarcadero. En pocos segundos quedaron todos a bordo del yate.

Bajaron al *living*, y Cozza abrió uno de los cajones de la estantería que había pegada a un costado de la embarcación. Bajó un tablero y colocó sobre éste el mapa que sacó del cajón, desdoblándolo nerviosamente.

Las tres mujeres asistían a la escena, dedicadas dos de ellas a consolar a la otra.

—Éste es el punto, señor Cravens... Es una pequeña elevación perteneciente a los Green Sea Reef, pero algo separado de éstos. Apenas sobresale un par de pies del agua.

—Está bien... ¿No llevan radio, señor Cozza?

—Sí..., arriba... Pero se estropeó el último fin de semana, y ni mi socio ni yo pensamos en ordenar su reparación...

—Bueno, no importa. Servirá el radioteléfono... ¿Dónde está? Oh, ya lo imagino...

Se dirigió hacia donde ya estaba señalando Hilary Cozza, llevando el mapa en las manos. Era un camarote pequeño en el que, además del radioteléfono, había todo lo necesario para que un hombre pudiese bucear perfectamente equipado: tubos de aire, aletas, fusiles de aire comprimido, trajes de goma...

Antes de encerrarse en el pequeño camarote, David Cravens vio a Hilary Cozza subiendo los peldaños, hacia cubierta. Y todavía no había recibido comunicación con la Base de Guardacostas cuando

notó el ligero trepidar del yate que indicaba su puesta en marcha.

En seguida, Cravens obtuvo la comunicación.

—Quiero hablar con Limes... Michael Limes, si es que tiene servicio hoy.

—Un momento...

Tuvo que esperar algunos segundos.

—Michael, soy Dave.

—¡Oooh...! Éste es el acontecimiento del año... ¿Para qué te sirve mi despreciable persona, terror de maleantes?

Cravens sonrió amablemente.

—A mí, para nada. Ha habido un accidente cerca de Green Sea Reef...

—¿Accidente? —La voz del guardacostas evidenció suspicacia—. ¿Estás seguro?

—Hombre, claro... No seas fastidioso, Michael. Estoy en esto por pura casualidad. Estaba en la playa del club, tomando el sol y mirando a una rubita maravillosa cuando...

Explicó rápidamente lo poco que sabía. Hubo unos segundos de silencio, hasta que Michael Limes refunfuñó:

—Siempre hay accidentes de éstos en los fines de semana..., y entre semana. Parece que a la gente le gusta alejarse de los lugares seguros... ¿Eso es todo?

—Todo.

—¿No intervienes profesionalmente?

—Ya te he dicho que no. Estaba tomando el sol...

—Sí, sí, ya sé... No hay que ser millonario para vivir feliz, aunque haya tontos que crean que los millonarios las pasan verdes...

—Además de ser millonario, trabajo —puntualizó Cravens, sonriendo.

—Oh, ya sé... Y lo extraño del caso es que lo haces bien. Correcto, Dave: voy para allá.

—Oye, bastará con que envíes una lancha...

—Iré yo personalmente. Así tendré el gustazo de verte.

—¡Eres fantásticamente amable, Michael! Bueno, hasta ahora...

—Okay.

Cravens colgó. Se quedó unos segundos pensativo... Descolgó el teléfono otra vez, pero tras reflexionar, lo colgó. Verdaderamente,

un hombre demasiado celoso de su trabajo sufre, a veces, lo que los psiquiatras llaman deformación profesional. Y, además, él tenía libre aquel fin de semana...

Salió del camarote, al *living-yacht*. Las tres mujeres estaban sentadas en el diván corrido a lo largo del casco. Miraron, pero, excepto la rubita de la playa de Surf Club, no parecieron concederle demasiada importancia.

Allá estaba todo el mundo en traje de baño, pero la situación se aceptaba sin concederle ni siquiera un comentario. La rubita lo miraba como extrañada, parpadeantes sus bonitos ojos azules. No sólo tenía bonitos los ojos, sino... todo.

Okay: todo.

Sobre la mesita había cigarrillos. David Cravens los señaló, y Tilda asintió con la cabeza. Cravens tomó el paquete y ofreció a las mujeres. Las tres aceptaron. Luego encendió uno para sí, y se sentó en un sillón suelto, delante de la rubita del Surf Club, pero mirando a Marion.

—Señora... ¿Trask?

Marion lo miró, y asintió con la cabeza, musitando:

—Ellas son Tilda Griffin y Nina Blaine, mi hermana, señor Cravens. Le agradecemos mucho...

—De veras que no tiene importancia. Es natural que en estos casos no sepa uno qué debe hacer exactamente. Lo que no... nos sentimos directamente afectados conservamos mejor la serenidad.

—Sí, claro...

—Señora Trask: me pareció oír que su esposo era un gran nadador.

—Sí, señor... Oh, no es posible que él se haya ahogado, no... Jamás podría creer eso de Tobiah, señor Cravens.

—Bien... En ese caso... Bueno, lo cierto es que por Green Sea Reef no suelen haber tiburones, pero a veces llegan algunos. Es una posibilidad que hay que tener en cuenta, señora Trask. Eeeh... Bueno, yo le digo esto porque quizá usted deba ir haciéndose a la idea de que... Me temo que no estoy siendo precisamente agradable, señora Trask; pero mis intenciones...

—Está usted siendo muy amable, señor Cravens. Y sus intenciones las hemos comprendido ya todos. Muchas gracias.

David Cravens carraspeó, algo azorado.

Luego sonrió.

—Está usted recuperando la serenidad, señora Trask, y me alegro. Realmente, no debió ser agradable ver desaparecer a su esposo bajo las aguas...

—No lo vi.

—¿No lo...? —David parecía confuso—. Bueno, creí...

—Marion y yo estábamos aquí abajo —intervino Tilda—. Hilary y Tobiah estaban arriba, solos, pescando. Cuando Tobiah cayó al mar, Hilary nos llamó, y nosotras subimos corriendo a cubierta... Ya no pudimos ver a Tobiah.

Cravens se quedó mirando fijamente a Tilda Griffin, como si no hubiese oído nada. ¡Aquella maldita deformación profesional...!

Al fin musitó:

—Creí que ustedes tres habían visto el accidente...

—No, no... Solamente Hilary. Y no lo vio muy bien. Solamente tuvo tiempo de mirar hacia donde estaba Tobiah cuando oyó... una exclamación, eso es. Creyó que Tobiah había enganchado una buena pieza, pero dice que lo vio saltar hacia el agua, arrastrado...

—Ya entiendo... El señor Cozza estaba al mando del yate, y si vio algo fue desde la cubierta superior.

—Eso es.

—O sea, que no estaban juntos.

—Tobiah estaba en el sillón de popa... Claro que no podían estar juntos, señor Cravens... ¿Por qué pregunta eso?

—Por favor, yo no pregunto nada... Simplemente, creí que todos lo habían visto, y por eso me pareció que tenía que resultar horrible, estando presentes, no poder ayudar al señor Trask... Espero que me perdonen si las he molestado... Sólo quisiera serles de alguna utilidad, señora Cozza.

Tilda enrojeció violentamente.

—No soy la señora Cozza..., todavía, señor Cravens.

David se mordió los labios.

—Me... temo que las estoy molestando...

—Nada de eso.

—Ocurre que... Bueno, como el señor Cozza hablaba del señor Trask como su socio, y usted y la señora Trask están juntas, pues yo creí... Vaya, les ruego...

—Oh, por favor, no se disculpe más. Si no hubiese sido por usted

seguramente estaríamos todos llorando todavía en el Surf... Fue una suerte que usted estuviese allí.

—Cualquier otra persona les habría ayudado. Esto... Señora Trask, si me lo permite, cuando lleguemos al arrecife quisiera bajar yo mismo al fondo... ¿Podría utilizar el equipo que he visto en el camarote del radioteléfono?

—Por supuesto. Pero no debe usted molestarse tanto...

—No es molestia. La verdad, es que... Bien, creo que soy un experto buceador, señora Trask; me agrada ver que eso puede servir de algo alguna vez.

—Disponga usted de todo como si fuese suyo, señor Cravens.

—Gracias. Si no me necesitan ustedes, subiré a cubierta. Seguramente llegaremos ya pronto a los arrecifes, y quizá pueda serle de ayuda al señor Cozza. Mmm... Me llevaré arriba el equipo, con su permiso...

—No se preocupe demasiado. Si algo nos sobra son equipos como ése, señor Cravens.

—No entiendo...

—Mi esposo y Hilary Cozza tienen... —Marion se mordió los labios— o tenían unos grandes almacenes de artículos para deporte... Trask y Cozza *Sports*. Quizá los haya oído mencionar.

—Pues... Bueno. —Cravens sonrió cortésmente—, hay tantos almacenes destinados a la venta de artículos de esa clase, señora Trask, que...

—Sí, claro...

—Bueno, subiré a cubierta.

David Cravens fue primero al pequeño camarote y escogió un equipo para bucear, excepto el traje de goma, que no era necesario, dada la tibia temperatura del agua y la no excesiva profundidad de aquellos lugares cercanos a los arrecifes. Eso aparte de su gran pericia como buceador.

Cuando salió del camarote, su mirada pareció chocar con la de la rubita, que ahora sabía se llamaba Nina Blaine. Ella no había dicho ni palabra en todo el tiempo, quizá porque se sentía deprimida o asustada. David pensó que hubiese sido mejor entrar en relación con ella mediante otras circunstancias, pero había que aceptar las cosas tal como se presentaban. De todos modos, no era el momento de dedicarse a sonreír a una linda muchacha, sino de

trabajar.

Tiempo habría...

Subió a cubierta. Hilary Cozza lo vio, desde la pequeña cubierta superior, sobre el techo del *living-yacht*, y le sonrió un tanto temblorosamente.

Cravens se acercó a la popa, colocándose junto al sillín. Estuvo allí unos segundos, inmóvil, mirando al agua. De pronto, se volvió, casi sobresaltado a Hilary Cozza, que le estaba mirando...

Había muy poca distancia desde la cubierta de mando al sillín de popa, desde luego: unas escalerillas, cuatro pasos... Dos socios salen de pesca y uno ya no regresa...

Deformación profesional. ¿Por qué sospechar nada?

David se sentó en el sillón, y comenzó a comprobar que el equipo submarino estaba en condiciones para ser utilizado. Cuando terminaba esta operación, y se estaba ya colocando los tubos a la espalda, vio la lancha de los guardacostas.

CAPÍTULO III

El capitán Michael Limes, de la U. S. Coast Guard, saltó a bordo del yate desde la lancha de reglamento. Allá estaban tres mujeres y dos hombres. A uno de ellos lo conocía desde no menos de ocho años atrás, cuando ambos iban a la Universidad.

Por consiguiente, con una amplia sonrisa alegre, Limes se acercó a él, dispuesto a destrozarle la espalda a palmadas... Cosa que resultaría no poco difícil, dada la envergadura de aquellos hombros, pero...

Se quedó frío como un pez cuando su viejo compañero le recibió con un cortés saludo:

—Menos mal que han llegado ustedes, capitán... Había pensado descender yo solo... Esto... le presento a la señora Trask, esposa de la presunta víctima; la señorita Blaine, hermana de la señora Trask; la señorita Griffin; el señor Cozza... Yo soy David Cravens.

Michel Limes se sobrepuso sin dificultad alguna a la sorpresa. Incluyó la cabeza tras las presentaciones, y musitó:

—Capitán Michael Limes, de los guardacostas... ¿Pueden decirme qué ha ocurrido?

David miró a Hilary Cozza, que empezó a tartamudear:

—Pues se cayó... Bueno, estábamos pescando...

Se mordió los labios y miró a Cravens, que interpretó el gesto.

—Yo se lo explicaré, capitán. El señor Cozza parece que se va impresionando más a medida que lo va recordando todo mejor.

Explicó lo que antes le habían explicado a él. Cuando el relato terminó, Limes quedó pensativo unos segundos.

—Bien... No quiero ser rudo, pero me parece que deben ir haciéndose a la idea de que el señor Tobiah Trask ha sufrido un accidente fatal. Lo siento... Voy a dar las órdenes oportunas.

—Gracias, capitán.

—Mmm... Ya no es necesario que usted baje..., señor Cravens.

—Oh, bueno... Si me lo permite, me gustaría hacerlo.

—De acuerdo. He traído dos de mis hombres del equipo «Ranas». Pero cuantos más seamos, mejor. Por supuesto, espero que comprendan todos que lo máximo que podremos conseguir será recuperar... lo que quede del cadáver. Si hay tiburones por aquí... A veces se acerca una pareja... No hace mucho matamos uno desde una lancha; estaba a menos de cuatro millas de la playa. Y el punto que me han dicho ustedes es ya alta mar, así que... Bueno..., creo que yo voy a bajar también. De todos modos, daré órdenes para que se acerquen dos o tres lanchas y recorran estas aguas. Hasta ahora.

Michael Limes regresó a su lancha, donde ya dos hombres-rana, perfectamente equipados, estaban esperando órdenes. Tuvieron que esperar a que Limes regresase de equiparse a su vez, tras dar las órdenes por la radio.

Mientras, David Cravens oía por primera vez la angelical voz de Nina Blaine:

—Señor Cravens, si... si hay tiburones por aquí, sería mejor que... que usted no bajase al fondo...

Cravens mostró el refulgente brillo de sus blancos dientes, alzando el arpón.

—Con esto no temo a ningún tiburón, señorita Blaine. De todos modos, agradezco su interés.

—Yo... Creo que los guardacostas están más... más preparados para esta clase de cosas...

—Sin duda alguna. Pero le aseguro que yo también sé defenderme en el agua. No se preocupe; es usted demasiado amable.

Marion Trask intervino, con voz crispada:

—Nina tiene razón, señor Cravens; ya ha hecho usted demasiado. No se arriesgue ahora...

—Ya oyó al capitán, señora Trask: cuantos más seamos, mejor. De veras les digo que no tienen que preocuparse por mí.

—Déjalo, Marion —musitó Cozza—; es evidente que el señor Cravens ha practicado anteriormente este deporte... Todos nosotros agradecemos mucho su ayuda, señor Cravens.

David hizo un gesto de pesar.

—Lo único que siento es no poder haber hecho más. Es

lamentable conocer a personas tan amables como ustedes en éstas, circunstancias.

—Sí, claro... Ha sido una desgracia...

—Oh, pero... —Nina vaciló un poco antes de continuar—. Bueno, nosotros... nosotros tendremos mucho gusto en volverlo a ver, señor Cravens, y... y así podremos patentizarle...

—Con gusto les visitaré, señorita Blaine, si ustedes me autorizan.

—¡Oh, sí!

David Cravens consiguió contener la sonrisa.

—Tengo un apartamento en el 700 de la 9th, en Surfside, Miami Beach. Pueden llamarme allá siempre que gusten... Oh, veo que el capitán ya está listo para bajar... Hasta luego.

Michael Limes estaba ya colocándose en la borda de la lancha. Habló algo con sus dos frog-men

y éstos se lanzaron al agua. Entonces, Limes se colocó bien los tubos, moviendo los hombros, y miró hacia el yate.

—Cuando guste, señor Cravens.

David se tiró al agua. Salió en seguida, y casi inmediatamente lo hizo Limes, que quedó a su lado, lista la boquilla para ser colocada en la boca.

—¿Qué juego te traes, Dave? —masculó Limes.

—Ningún juego, Mich.

—Escucha, me dijiste que no intervenías profesionalmente...

—Y así es. Sólo que... Bueno, Cozza y Trask eran socios. No sé qué tal debían ir sus asuntos, pero quizá me moleste en averiguarlo. Tú ya sabes que no sería el primer socio que se deshace del otro para quedarse con todo.

—¿Tienes alguna sospecha fundada?

—Fundada, no. Ni siquiera llega a sospecha. Bueno, ya me entiendes...

—No demasiado. Yo no soy policía.

—Cierra el pico, papagayo —sonrió Dave—. Y ni una palabra de mi profesión a esas personas.

—Okay, «Poli» —gruñó Limes—. Me pregunto para qué necesitan un tipo como tú en el Police Department.

—Yo también me lo pregunto.

Limes soltó otro gruñido.

—De acuerdo, de acuerdo... Pero si quieres que no empiecen a sospechar algo, será mejor que dejemos de hablar... ¿Por qué no quieres decirles que eres policía, Dave?

—¿Para qué? Si fuese necesario, ya se enterarían. ¿Abajo?

—Abajo.

* * *

Media hora después, los cuatro buceadores daban por terminada la búsqueda.

Nada.

Ni rastro de Tobiah Trask.

Limes y sus hombres rana regresaron a la lancha para desprenderse del equipo, mientras Dave Cravens, ayudado por Hilary Cozza, abordaba el yate. Alrededor de ambas embarcaciones patrullaban tres lanchas guardacostas más, pero la radio no había funcionado en ningún momento, signo inequívoco de que tampoco habían encontrado nada...

David se enderezó en la cubierta del yate, frunciendo el ceño al no ver allí a Nina Blaine. Incluso había confiado en el premio que habría significado ver el alivio en los azules y brillantes ojos de la muchacha por su regreso sin contratiempos.

Bueno, tampoco tenía por qué esperar...

Su gesto se aclaró cuando Nina apareció de los camarotes, llevando un albornoz, que le tendió en silencio. Bueno, aquello, y, efectivamente, el gesto de alivio, casi de alegría, de la muchacha, eran un premio mejor que el que había pensado. Dejó los tubos en cubierta, tras desprenderse de las aletas, y se puso el albornoz.

—Gracias, señorita Blaine.

—¿Quiere... quiere un cigarrillo? Oh, yo se lo prendo...

David había mostrado sus manos mojadas. Mientras las secaba en el albornoz, Nina encendió un cigarrillo, que le colocó en los labios.

Los demás le miraban en silencio, expectantes y angustiados.

Con la primera bocanada de humo, David musitó:

—Lo siento; no hemos visto nada...

Marion Trask se mordió los labios.

—Dios mío... Dios mío... Ni siquiera eso, su... su cuerpo...

—Señora Trask..., quizá... quizá aparezca en cualquier

momento, más hacia el sur. Pero... Bueno, si, como tememos, y todo parece darnos la razón, ha sido atacado por un tiburón, no creo que volvamos a... a verle... Quiero decir...

Marion se echó a llorar. Nina y Tilda se la llevaron al interior del yate, mientras David y Cozza se miraban, apesadumbrados.

Michael Limes, ya desembarazado del equipo, pero todavía en *slip*, saltó de nuevo al yate.

—Señor Cozza, lamentamos mucho no haber podido encontrar ni siquiera el cadáver.

—Sí, capitán, lo... lo entiendo...

—Usted ya sabe..., los tiburones son muy voraces... Eeeh... Bueno, ellos se llevan su presa hacia el fondo. De todos modos, si el señor Trask no ha sido devorado por un tiburón, todavía quizá podamos encontrar su cuerpo..., dentro de unos días. Claro, habiendo visto la sangre en el agua...

—Sí... Sí, ya...

—No quisiera molestarle ahora, de modo que opino que lo mejor que pueden hacer es regresar a sus casas... ¿Podría usted proporcionarme los nombres completos de todos y sus domicilios? Tengo que hacer el informe. Oh, uno de mis hombres recuperó la caña... Ya sé que no tiene importancia, pero pueden recuperarla.

—Gracias...

Limes y Cozza se dedicaron a la obtención, por parte del primero, de los datos pedidos. Mientras, Cravens saltó a la lancha guardacostas y se dirigió hacia donde habían dejado la caña de pescar.

Uno de los hombres-rana, que estaba fumando, igual que su compañero, le dio un codazo a éste.

—Hey, Balners —sonrió—. Fíjate a quién tenemos aquí.

El otro buceador también sonrió.

—¿Qué tal, polizante?

—Ssst... —sonrió Dave—. No abráis demasiado la boca, muchachos; podríais ahogaros... ¿Es ésta la caña?

—Seguro. Una caña excelente.

—A mí que me den mi equipo submarino y un buen arpón —dijo Balners—. Eso de la caña se queda para la gente pacífica, aburrida...

David Cravens no les hacía el menor caso. Estaba mirando la

caña. Mejor dicho, el hilo, el anzuelo. La cucharilla estaba todavía allí. Bueno, no tenía por qué considerar eso como extraordinario, pero... Lo cierto era que en el supuesto de que algún bonito hubiese picado, y luego escapado, la cucharilla debía haberse desprendido. ¿O no? Lo más acertado era suponer que, si un pez de tan buen tamaño que podía arrastrar a un hombre al agua había picado en aquel anzuelo, debió quedar enganchado, y llevarse la caña al fondo, hasta que el hilo se rompiese. En cambio, si se había desprendido, quería decir..., que la cucharilla le salvó del anzuelo, por lo menos en parte. Entonces, casi inevitablemente, la cucharilla se desprende... Pero la cucharilla estaba allí. Y la caña... La caña no había sido arrastrada al fondo por un enloquecido pez de buen tamaño...

¿Realmente había sido el tirón de un pez quien había llevado a Tobiah Trask al agua?

Nadie podía asegurarlo..., excepto Hilary Cozza. Era la única persona que había estado presente cuando ocurrió el accidente...

—¿Le gusta la caña, polizonte?

—Olvidame, Sands. Sobre todo, olvide que soy un policía; ni una palabra sobre eso.

—Oooh... Ya entiendo. Bueno, hablemos de otra cosa: el mes próximo hay otra competición para buceadores... ¿Contamos con usted, como otras veces?

—Seguro que sí, Sands. Ya me avisaréis.

—Vale. ¿Está pasando algo raro?

—¿Qué tal de raro te parece que un tiburón devore a un hombre?

—Corriente. Muy corriente.

—Pues eso es todo lo que ha ocurrido. Me llevo la caña. Hasta otra.

—Nos veremos en la competición.

—Sí, hombre...

David regresó al yate, con la caña. La dejó en un rincón de la cubierta, junto al casco. Cozza y Limes habían terminado ya, y el guardacostas se estaba despidiendo. Miró luego a Cravens, y dijo, con cierto retintín:

—Muy amable su colaboración, señor Cravens. Y muy eficaz... No es usted un novato en esto, desde luego.

—Muchas gracias... ¿Qué se debe hacer ahora, capitán?

—Lo mejor sería que ustedes regresasen a tierra y se calmasen.

—¿No nos necesitará para algo?

—De momento, no. De todas maneras, creo que, por ahora, es mejor que regresen a tierra. Bueno, esto es un accidente, ¿no? Lleven a la señora Trask a su domicilio, y... será mejor que no la dejen sola.

—Eso haremos... —dijo Cozza—. Gracias por todo, capitán.

—Es mi trabajo, señor Cozza. Adiós, Mmm... Adiós, señor Cravens.

—Adiós, adiós...

David y Cozza estuvieron inmóviles en cubierta hasta que la lancha se alejó.

Entonces, Hilary Cozza suspiró.

—Llevaré el yate al Surf Club. Aunque..., aunque por mí ya podría hundirse.

—Oh, vamos, señor Cozza...

—Quiero decir que sin la compañía de Tobiah la pesca dejará de tener importancia para mí. Siempre... siempre hacíamos apuestas, siempre estábamos juntos: en el despacho, en el mar, en las fiestas... He perdido un gran amigo, un gran socio..., un gran compañero, señor Cravens; se lo juro.

David Cravens miró de reojo, rápidamente, hacia la caña, cuya cucharilla continuaba prendida en el anzuelo.

—Lo creo, señor Cozza.

Hilary volvió a suspirar. Parecía haber envejecido tan sólo en el tiempo transcurrido desde que David lo conociera. Seguido por la pensativa mirada de éste, subió a la cubierta superior y puso el yate en marcha, hacia Surfside.

CAPÍTULO IV

El capitán Charles Bowser, había escuchado en silencio, con absoluta atención, el relato de David Cravens. Cuando éste terminó, Bowser asintió con la cabeza.

—Correcto, Dave. Entiendo que tú sospechaste que no fue un accidente.

—Tan sólo quiero investigar un poco, señor.

El capitán Browser asintió. No debía tener más de cuarenta y cinco años, era alto, atlético, fuerte, con un par de canas en cada sien; para nadie era un secreto que todas las chicas del departamento estaban «locamente» enamoradas de él. Un hombre inteligente, astuto, sagaz, de oscuros ojos de mirada directa, y mandíbula pétrea.

—Puede ser peligroso, Dave.

—¿Peligroso? Señor, no le entiendo... ¿Qué es lo que puede ser peligroso?

—Tenemos una familia, unos amigos, que han perdido a una persona querida. Si se enteran de que los estamos investigando...

—No tienen por qué enterarse.

—Sí, ya sé... Maldita sea, ¿no estás libre este fin de semana, acaso?

—Bueno, sí... También estaba de vacaciones en Flamingo cuando lo de Sammy Asten, y me mandó usted llamar. Tuve que...

Charles Bowser alzó las manos, pidiendo tregua.

—Está bien, está bien... Veremos lo que puede hacerse. Pero no me pidas el próximo fin de semana otra fiesta, Dave. Ésta la estás echando a perder tú solito. Demonios, ¿no querías estar un par de días sin hacer otra cosa que tomar el sol?

—Ya he tomado el sol. Y no le pediré otra vacación.

—De acuerdo. —Bowser movió una palanquita del intercom de su mesa—. Bond, ven acá.

—¿A su despacho, señor?

—No, hombre: estoy en Okeechobee Lake, pescando elefantes.

Cerró el aparato, y sonrió cuando vio la sonrisa de David Cravens.

—No es que Bond sea tonto —aclaró Bowser—, tan sólo un poco... distraído.

Bond apareció en la puerta del despacho antes de que Cravens pudiese comentar nada sobre su distracción. Era un muchacho como de veinticinco años, más pelirrojo que Cravens y más lleno de pecas por todos lados.

—¿Sí, señor? —se ofreció.

—¿A quién tenemos esperando, Bond?

—Pues... a Hawkins y Carmona.

—Ve a buscarlos.

—Sí, señor.

Bond se fue, y Bowser se dedicó a hacer anotaciones en un papel. Todavía no había terminado cuando Bond reapareció, acompañado de los agentes Hawkins y Carmona. Carmona era de procedencia mexicana; llevaba un hermoso bigote negro y brillante, y su barba era negrísima, hasta el punto de que ni siquiera estando recién afeitado hubiese podido soportar una revista de no ser ya conocido este detalle personal; tenía los ojos muy negros y muy pequeños, pero rebosaban astucia. Hawkins era un puro yanqui de casi seis pies, patilargo y delgaducho, con cara de estar siempre mascando chicle.

—Hola, Dave —saludó Carmona.

—¿Qué tal, Carmona? Hola, Hawkins.

—Hola. ¿Algo bonito?

—Rutina, Hawkins... Rutina...

Bowser alzó el papel en el que había estado escribiendo.

—Aquí tenéis. Hay los nombres de cuatro personas: Nina Blaine, Marion Trask, de soltera Blaine; Hilary Cozza y Tilda Griffin, que se supone es la... amiguita de Cozza. Llamad a la Base de los Guardacostas, preguntad por el capitán Limes, y pedidle las direcciones: razón social:

Trask & Cozza

Sports. A ver qué averiguáis de esas cuatro personas y de la casa de artículos deportivos.

—¿Para cuándo? —preguntó Bond.

Bowser miró a Cravens, con la evidente expresión de quien dice: «la tortilla es tuya; a ver cómo la fríes».

—Para dentro de cinco horas —sonrió David.

—¡Hombre...!

—¿Qué pasa, Carmona? ¿Estás cansado?

—Pues no... Pero... Bueno, lo haremos.

—Seguro que sí. Pero ha de ser con absoluta discreción. Nada de andar enseñando las placas y cosas así.

—Está bien.

—Cuando sepáis algo, llamad al capitán. Eso es todo. El me comunicará lo que sea llamándome a mi coche. —Es que hoy es sábado...

—¿Y qué?

—Casi todo está cerrado.

—Hay cosas peores que el encarguito que os ha tocado. Por ejemplo, ser devorados por un tiburón.

—¡Brr...! ¿Podemos salir ya?

—Adiós.

Los tres policías salieron del despacho de Bowser. Éste encendió un cigarrillo que le ofreció Cravens, el cual también prendió otro para sí.

—Dave, si pasa algo que no sea del agrado de esas personas...

—Yo cargaré con las consecuencias. Vaya, señor, sólo se trata de una pequeña investigación. En caso necesario, podríamos decir que es cosa de los guardacostas, para redactar el informe definitivo.

—Sólo un tonto creería eso... Dime una cosa: ¿cómo fue que te metiste en eso?

—Pues había una chica muy linda en Surf...

—¿Nina Blaine? ¿Es ella?

—Eeh... Sí.

—Vaya, ya entiendo. A lo peor, hasta te has enamorado.

—Pues no crea, señor...

Los dos se echaron a reír.

—¿Le has dicho que eres millonario?

—Ni siquiera eso. Si no presumo de ser policía, menos aún voy a

presumir de ser millonario.

Bowser se acarició la barbilla, mirando pensativamente a David Cravens.

—Eres un tipo raro, Dave; tienes dinero para pegarte la gran vida, y te metes a policía.

—Eso es pegarse la gran vida, señor.

—Hum... Bueno, hay locos de todas clases. ¿Qué tal si te largas ya de aquí y me dejas tranquilo?

—¿Tiene mucho trabajo?

Bowser miró su reloj.

—Son las tres de la tarde: la hora de mi siesta cuando en los días feriados me toca servicio.

David Cravens rió otra vez. Se puso en pie.

—Que le aproveche, señor.

—Gracias. No hagas demasiado ruido al cerrar la puerta, Dave, por favor.

—Ajá. Hasta luego.

—Eso.

Salió del despacho. Poco después, aparecía en la calle. Se metió en su coche y quedó pensativo. A lo peor estaba perdiendo tontamente su fin de semana libre...

Descolgó el auricular del radioteléfono de su coche y pidió comunicación con la U.

S. Coast

Guard Base. Conseguido esto, pidió por el capitán Michael Limes.

—¿Hola?

—Otra vez yo, Mich.

—Vaya... ¿Y ahora?

—Ahórrame la molestia de manejar los listines de Miami y lujosos suburbios.

—¿Qué es exactamente lo que quieres?

—Los del yate te dieron sus direcciones. ¿Cuáles son?

—¿Otra vez?

—¿Otra...? Oh, ya sé... Bueno, perdona; tengo a tres hombres moviendo los pies en este asunto. Seguro que te llamó un tal Bond.

—Eso es. Dave, ¿qué está pasando?

—¿Somos amigos o no?

—Un momento. Sands me dijo que piensas tomar parte en las

competiciones submarinas del mes próximo. Ahora, aclárame una cosa: ¿al lado de los guardacostas o frente a los guardacostas?

—Siempre a vuestro lado, Mich.

—¿Tomas nota?

—Vale —rió Dave.

Cogió un cuaderno de notas de la guantera y fue anotando en una página las direcciones que le facilitó Michael Limes.

—Gracias, Mich.

—No olvides tu promesa.

—Ganaremos. Adiós, Mich.

—Suerte.

Cravens colgó, y se quedó mirando las direcciones. Al parecer, Hilary Cozza y su amigueta Tilda Griffin no vivían juntos. Cozza vivía en Hialeah, y Tilda en Miami Shores. Los Trask vivían en el propio distrito de Miami, y eran los que más cerca estaban de allí. Entre este detalle y el de que, indudablemente, todos debían estar reunidos en el domicilio de los Trask, David Cravens optó por dirigirse hacia allá en primer lugar.

De todos modos, quiso asegurarse de que no se habían dispersado, así que llamó primero al domicilio de Cozza, en Hialeah. El teléfono no contestó. Luego pidió comunicación con el de Tilda Griffin, en Miami Shores, tampoco obtuvo respuesta.

Finalmente, obtuvo comunicación con el domicilio de los Trask, en la misma Miami. Allá, se puso al teléfono un hombre. Y Cravens reconoció la voz como perteneciente a Hilary Cozza.

—¿Hola? ¿Quién es? ¡Hola...!

Colgó sin contestar. Bueno, allá debían estar todos, en efecto.

Encendió otro cigarrillo y puso el coche en marcha.

* * *

A las ocho y media de la noche, ya las primeras estrellas en el cielo de límpido color azul-verano, David Cravens, impasible en su espera de casi cinco horas metido en su coche, aparcado cerca de Shenandoah Park, esto es, a menos de cuarenta yardas del domicilio de los Trask, descolgó el auricular de su radioteléfono apenas sonó la llamada.

—¿Sí?

—Hola, Dave.

—Hola, señor. ¿Cómo ha ido la siesta?

—Bien. Me ha llamado Carmona.

—Ah. ¿Y...?

—Todo normal y natural, según parece. La firma

Trask & Cozza

Sports va viento en popa. En cuanto a las personas, todas ellas llevan una vida normal y discreta. Parece ser que, efectivamente, Hilary Cozza visita con mucha frecuencia a Tilda Griffin. Podemos suponer que son amantes, pero de un modo ciertamente discreto, sin escándalos ni perjuicios a terceras personas. La chica que te gusta, Nina Blaine, es un encanto: trabaja de algo importante en la firma de su cuñado y Cozza. Marion Trask lleva una vida normal y corriente, muy regular y honesta.

—Me alegro, de verdad. ¿Y Tobiah Trask?

La respuesta se demoró tanto, que David frunció el ceño.

—¿He dado en el clavo, señor?

—No lo sé, Dave. Cumplidas las investigaciones de rutina, los muchachos se han ido al Miami Beach Kennel Club.

Cravens se quedó con la boca abierta.

—¿Y qué demonios han ido a hacer en esa galguera?^[2] No me diga que les ha dado permiso para ir a apostar unos dólares a los galgos, señor.

—Pues no...

—¿Entonces...?

—Parece ser que Tobiah Trask era muy aficionado a las carreras de galgos, Dave.

—¿Y...?

—Eso es todo. Bond, Carmona y Hawkins intentarán averiguar algo más en el Miami Beach Kennel Club. Me llamarán cuando les parezca, y yo te llamaré a ti. Eso es todo, Dave.

—Está bien. Me parece que yo... ¡Señor, tengo que colgar!

—¿Qué pasa?

—Hilary Cozza sale ahora del domicilio de los Trask... Se va hacia un coche..., se mete en él... Voy a seguirlo. Ya le llamaré, señor.

—Bueno.

Cravens colgó y se quedó mirando atentamente el coche en el cual se había metido Hilary Cozza. Este puso en marcha

inmediatamente el vehículo, y David tuvo que encogerse, para evitar ser visto, cuando pasó muy cerca de él, en dirección contraria a la en que tenía enfilado su coche. Dio la vuelta allá mismo, y se lanzó en seguimiento del de Hilary Cozza. Afortunadamente, no había mucho tráfico todavía; en menos de media hora, la cosa empeoraría...

Hilary Cozza condujo su coche bordeando el Shenandoah Park, hasta llegar a la South West 21st Avenue, por la cual subió hasta su empalme con la South West 19th Street; siguió ésta hasta llegar a la South West 8th Street del Tamiami Trail, y luego recto por ésta hasta Briskell Avenue, servicio de la Nacional Uno en Miami. Siguió por Briskell arriba, hasta el cruce con la North East 13th Street, enfilando ésta hacia la costa. Entonces se metieron en Mac Arthur Causeway, directos ya sin duda alguna, por encima de las aguas de Biscayne Bay, hacia la punta sur de Miami Beach.

Y allá estaba el Miami Beach Kennel Club...

El coche de Hilary Cozza tomó Alton Road apenas estuvo en Miami Beach. Luego, Biscayne Street. Por último, Collins Avenue. Allá, en el número uno, justamente en la entrada del Miami Beach Kennel Club, se detuvo el coche que conducía Hilary Cozza... Y, a prudente distancia, el de David Cravens, quien empezaba a sentirse realmente interesado.

Vio a Hilary Cozza apearse del vehículo y entrar en la galguera.

Estaba vacilando entre seguirlo o no, por el riesgo de ser visto por Cozza, cuando alguien metió la cabeza por la ventanilla de su coche opuesta a la del volante, y saludó:

—¿Qué tal, señor Cravens?

CAPÍTULO V

David quedó petrificado. La luz iba de afuera adentro, pero no necesitaba demasiado para distinguir, o, por lo menos, reconocer perfectamente aquel rostro en sombras.

—Eeeh... Oh, señorita Blaine... Muy..., muy bien. Hola.

—Hola —sonrió la muchacha—. ¿Puedo entrar?

—Pues... Oh, sí, claro... ¡Desde luego!

Ella sacó la cabeza del hueco de la ventanilla, y Cravens empujó la portezuela. La muchacha entró, la cerró, y se quedó mirando al policía.

—¿Está usted siguiendo a Hilary? —preguntó de pronto.

—Mmm... Bueno, no sé a qué se refiere, señorita Blaine...

—Le vi a usted, señor Cravens.

—¿Me vio? ¿Dónde?

—Cuando Hilary salió del apartamento, le seguí. Subió a su coche. Usted fue tras él. Y yo, que había pensado seguir a Hilary, tuve bastante con seguirlo a usted... Se escondió cuando Hilary pasó por su lado, señor Cravens... ¿Por qué? ¿Y por qué lo está siguiendo?

—¿Y usted? —sonrió David.

—Quiero saber quién le llamó, y para qué.

—¿Quién le llamó? —se interesó David.

—Ya le he dicho que eso es lo que quiero saber... ¿Qué es lo que quiere saber usted, señor Cravens?

—Esto... ¿Un cigarrillo?

—Bueno.

David sacó el paquete y encendió un cigarrillo, que tendió a la muchacha, sonriendo.

—Ahora estamos en paz —dijo.

Nina sonrió deliciosamente. Llevaba un vestido rojo, de falda muy corta, escotado. Se le veían muy bien las rodillitas, los brazos, los hombros y el delicado cuello.

—¿Por qué ha seguido a Hilary, señor Cravens?

David suspiró. Era capaz de inventar cualquier mentira con notable rapidez, pero se dijo que no valía la pena. Al fin y al cabo, aparte de que Nina le gustaba como nadie, estaba el hecho de que era hermana de la esposa de un hombre que quizá había sido asesinado. En tal caso, lógicamente, ella no debía molestarse porque la policía intentase descubrir tal hipotético asesinato.

—Soy policía, señorita Blaine.

La muchacha quedó perpleja unos segundos.

—Pero... Pero, señor Cravens, ¿por qué ocultó eso?

—No lo oculté. Simplemente, no lo dije.

—¿Y por qué no lo dijo?

—No lo creí conveniente.

—¿Y por qué me lo dice ahora a mí?

—Por... simpatía. Déjeme decirle, señorita Blaine, que antes de que ocurriese todo yo ya la estaba... molestando con mis miradas...

—Oh, no.

David alzó las cejas.

—No..., ¿qué?

—No..., no me molestaba, señor Cravens. Pero usted..., usted no es policía, no es verdad...

—¿Por qué supone eso?

—Yo... tengo entendido que los policías no..., no ganan...

—Ya entiendo. Usted supone que un policía no gana lo bastante para poder frecuentar el Surf Club. ¿Es eso?

—Bueno...

David sacó el estuche de piel en el cual llevaba su placa y su tarjeta identificativa.

—Quizá esto la convenza, señorita Blaine. Como simple comentario, le diré que no trabajo en la policía por dinero, sino por vocación. Eso quiere decir que mi sueldo no es cosa que me quite el sueño.

—Ya..., ya entiendo...

—Magnífico. ¿De veras no la molestaba con mis miradas? Reconozco que a veces puedo ser algo impertinente...

—No, no, de veras... Yo estaba pensando que usted... La verdad es que me resultaba simpático, señor Cravens.

—Eso es... estupendo. ¿De verdad no sabe quién llamó a Hilary Cozza?

—De verdad. Pero, atienda, señor Cravens... No comprendo... ¿Por qué está espionando a Hilary?

—¿Y usted? —sonrió Dave.

—Sólo curiosidad...

—Yo también siento curiosidad. ¿Sabe, señorita Blaine, que su cuñado, Tobiah Trask, era muy aficionado a las carreras de galgos? Tengo entendido que frecuentaba el Miami Beach Kennel... ¿Lo sabía usted?

—Pues... Bueno, algo oí alguna vez...

—¿También es aficionado el señor Cozza?

—No. De ninguna manera, que yo sepa.

—Entonces, ¿qué ha venido él a hacer aquí, señorita Blaine?

—No lo sé... Recibió una llamada, en el apartamento donde vivimos Marion y Tobiah... Bueno, mi hermana y yo, ahora. Después de la llamada, Hilary dijo que tenía que salir, y yo le seguí...

—¿Acaso sospecha algo de él?

—¡Claro que no! Tan sólo me extrañó que una llamada que se recibía en el apartamento, pareciese ser para él. Y como todo esto es tan extraño...

—¿Extraño? ¿Qué es lo extraño?

—Lo de Tobiah... Es claro que él, y cualquiera, pudo ser tirado al agua por el tirón de un pez. Pero Tobiah era un nadador estupendo, estupendo, señor Cravens. No sé... La verdad es que no sé qué pensar...

—Está pensando cosas desagradables de Cozza, quizá.

—Oh, no, no quisiera... hacerlo...

—Nadie vio el accidente. ¿Quería usted a su cuñado, señorita Blaine?

—¡Oh, sí! Tobiah era un hombre amable, simpático... Lo quería mucho, ésta es la verdad. Pero no creo que Hilary fuese capaz de hacer algo... malo.

—Sin embargo, usted no cree que haya sido un accidente. Quizá está pensando que Hilary Cozza tuvo que ver algo con la muerte...

o la desaparición de Tobiah Trask.

Nina Blaine se mordió los labios.

—¿Cómo pudo Hilary hacer nada contra Tobiah? Si cada uno estaba en un lugar diferente del yate...

—En primer lugar, nadie sabe si eso es cierto. En segundo lugar, es muy fácil tirar a un hombre al agua, quizá acuchillándolo primero. En tercer lugar, hay tiburones con brazos y piernas.

—Yo no..., no entiendo...

—Supongamos que uno o dos hombres, bien equipados, están esperando en unos arrecifes el paso de un yate. Supongamos que cuando el yate pasa por allí, alguien empuja a alguien al agua. Y supongamos que el hombre o los hombres que están esperando, matan al hombre que ha caído al agua, y lo envían al fondo.

—Pero ¡Hilary no pudo hacer eso!

—No. Lo único que pudo hacer fue empujar a Tobiah Trask al mar. Solamente eso, señorita Blaine. Oh, claro, esto son sólo suposiciones mías, comprenda...

—¡No tiene derecho a decir eso de Hilary!

—Ya lo sé. Por eso, señorita Blaine, si usted dice algo de todo esto, voy a verme en un apuro. El señor Cozza podría demandarme por estas palabras.

—No..., no diré nada...

—En realidad, señorita Blaine, sólo he intentado hacerle comprender que asesinar, por desgracia, es muy fácil. Y puede hacerse de un modo casi perfecto, si se sabe montar una buena coartada. No es que piense eso del señor Cozza, no... Pero..., ¿no admite usted la posibilidad de que pudo ocurrir como he dicho?

—No sé.

—¿Se llevaban bien Tobiah Trask y Cozza?

—Maravillosamente bien. Como socios y como amigos, empezaron hace ya varios años, con cincuenta mil dólares cada uno. Ahora, la firma posee no menos de tres millones de dólares. No en efectivo, entienda. Quiero decir que Trask & Cozza

Sports está valorada en esa cantidad.

—Sí, ya entiendo... Vaya, me gustaría saber con quién está hablando ahí dentro el señor Cozza..., y de qué hablan.

—Yo..., yo podría entrar...

David se quedó mirando fijamente a la muchacha.

—Quiero que entienda que esto no es asunto oficial de la policía, señorita Blaine. Es solo... una actitud censurable por mi parte.

—Es que yo también quisiera saber qué ha venido Hilary a hacer aquí, señor Cravens.

—En el fondo —susurró David—, usted desconfía de algo.

—Es que... ¡Tobiah era tan buen nadador...! Era un hombre fuerte y ágil, un deportista... Por eso, se decidió por unos almacenes de artículos deportivos en cuanto tuvo algo de dinero...

—Según entiendo —sonrió Cravens—, usted está tan... inquieta como yo respecto a este asunto. Sólo que yo, por el momento, no tengo derecho a intervenir, ni como policía, ni como particular. Sin embargo, si usted entrase ahí, nadie podría... buscarle complicaciones.

—Lo voy a hacer. Y le..., le diré a usted lo que vea.

Cravens estuvo mirando en silencio unos segundos a la muchacha. Al cabo, alzó una mano y la pasó, lentamente, por uno de los bonitos brazos femeninos.

—Ya verá cómo los dos estamos equivocados, Nina.

Nina Blaine parpadeó. Luego, miró la mano de David en su brazo.

Sonrió y dijo:

—Así lo deseo..., David.

—Dave —corrigió suavemente el policía.

—Dave... —musitó ella.

La mano de Cravens ascendió hasta un hombro de Nina Blaine. Luego, lentamente, pasó hacia el cuello, la nuca... Una vez allá, atrajo a la muchacha, muy despacio, con cierta indecisión. Pero Nina cerró los ojos y entreabrió los labios.

Al diablo la indecisión.

David Cravens besó a Nina Blaine en los labios, largamente, con suavidad. Cuando la apartó ella suspiró y se lo quedó mirando fijamente.

—Dave, sabía..., sabía que esto tendría que ocurrir entre nosotros... Lo supe en cuanto te vi, esta mañana, en la playa del Surf Club...

—Pues ya ha ocurrido. —Sonrió él—. ¿Feliz?

Nina rodeó con sus brazos el cuello del policía y besó a éste en los labios, tímidamente.

—Feliz —suspiró—. ¿Y tú?

—Feliz —admitió él, acariciándola—. Pero los dos lo seremos más cuando nos convenzamos de que lo de tu cuñado ha sido un accidente... ¿Has oído hablar de las bodas de fin de semana, Nina?

—Oh, sí...

—¿Te asustan?

—No. Pero... Oh, no podríamos hacerlo estando tan reciente lo del pobre Tobiah...

—Es cierto. —David la besó en la barbilla—. Anda, ve a la perrera. Y será mejor que Cozza no te vea.

—Sí... Dave.

—¿Sí?

—Si nada de esto hubiese ocurrido..., ¿no me habrías hablado, dicho algo, allá en el Surf?

—Sí. Pero estaba pensando qué cosa decirte para que me sonrieses desde el primer momento.

—Oh...

—Hilary Cozza se nos va a escapar —advirtió el policía.

Nina le besó en los labios, brevemente, y se apeó del coche. David la vio dirigirse, con pasitos vivos, que hacían ondular sus finas caderas, hacia la entrada del Miami Beach Kennel Club.

En el momento en que ella entraba en la galguera, sonaba el teléfono del coche.

—¿Sí?

—Dave.

—Hola, señor. ¿Algo más?

—Atiende: Bond, Hawkins y Carmona están ahora en el Miami Beach Kennel Club. Bond me ha llamado desde allí. Según parece...

—Señor.

—¿Y?

—Lo estoy viendo a los tres ahora mismo saliendo de la galguera. Hablaré personalmente con ellos.

—Mejor. ¿Estás ahí?

—Sí.

—¿Cómo es eso?

—Ya le contaré. Hasta luego.

—Bueno.

David colgó el auricular y se apeó, dirigiéndose hacia los tres policías, cada uno de los cuales se dirigía hacia el coche que había estado utilizando aquella tarde un su cometido individual antes de reunirse en el Kennel Club.

—Hey, Bond.

Los otros dos también se volvieron. Empezaron a caminar hacia David, pero éste se desvió hasta detrás de uno de los coches estacionados allí cerca, y los tres le siguieron. Una vez allá, Bond empezó:

—Hace un par de minutos he llamado al inspector, y le he dicho...

—Estaba hablando con él cuando os he visto salir. Contadme a mí lo que sea.

—Hemos averiguado algo de ese Tobiah Trask. Parece que, en efecto, era muy aficionado a las carreras de galgos. Según se dice, pero sin darle la menor importancia, tenía tratos frecuentes con Jule Bourland.

—Vaya... ¿No es ese Bourland un apostador profesional?

—Sí.

—Lo recuerdo. Un tipo alto, elegante, rubio, como de treinta y cinco años, que siempre lleva una flor en el ojal...

—Ajá. Está ahí dentro.

—¿Bourland?

—Claro.

—Supongo que...

—No se preocupe; hemos sido muy discretos.

—Está bien... Marchaos ya. Si os necesitase, os llamaría al Departamento.

—Okay. Hasta la vista, Dave.

—Hasta la vista.

Los tres agentes se fueron, y David regresó a su coche. Encendió otro cigarrillo, quedó pensativo, fija la mirada en la entrada del Kennel.

Cinco minutos después, vio salir a Hilary Cozza. Caminaba de prisa, y estaba lo bastante nervioso como para que se le notase. Se metió en su coche, arrancando rápidamente. David estaba vacilando entre seguirlo o no, dejando allí a Nina, cuando vio a ésta saliendo

también de la galguera.

Bueno. De todos modos, Hilary Cozza sería fácil de localizar. Seguro que regresaba al apartamento de los Trask...

Nina se metió en el coche, excitada.

—Dave, se ha marchado, ha salido...

—No te preocupes por eso. ¿Viste algo interesante?

—No sé. Estaba buscando a Hilary ahí dentro cuando lo vi. Iba hacia la salida, con dos hombres, hablando como..., como enfadado.

—¿Conoces a esos hombres?

—No...

—¿Cómo eran? Espera... ¿Uno de ellos era muy elegante, serio, alto, rubio... y llevaba una flor en el ojal?

—Mmm... ¡Sí! Oh, sí, Dave, sí...

—Jule Bourland —susurró Cravens—. Hilary ha venido a charlar con Jule Bourland, el apostador profesional con el cual, según parece, tenía tratos Tobiah Trask.

—Dave, no entiendo nada...

—Te lo contaré por el camino, aunque yo tampoco entiendo gran cosa. Vamos ahora a tu apartamento, con tu hermana, Tilda Griffin, y... Bueno, estoy seguro de que Cozza ha ido ahora para allá. Quizá quiera decirnos algo... De un modo u otro, parece que tenemos una pista...

CAPÍTULO VI

Abrió la puerta del apartamento Tilda Griffin, y se quedó boquiabierta al ver a David Cravens junto a Nina.

—Señor Cravens...

—Buenas noches, señorita Griffin.

Nina se había aprendido bien la lección, y lo demostró. David le había pedido que mantuviesen el secreto de su profesión, y ella había aceptado.

—Lo encontré en Biscayne Boulevard, nos cruzamos con los coches... ¿No es una casualidad maravillosa, Tilda?

—Sí... Oh, sí lo es. —Tilda Griffin parecía sinceramente contenta de volver a ver a David—. Me alegro mucho de verle, señor Cravens.

David y Nina estaban ya dentro del apartamento, y Tilda había cerrado la puerta. Se podía suponer que los Trask tenían dinero suficiente para tener una casita en Coral Gables, pero, realmente, aquel apartamento no era en absoluto despreciable. Después, David sabía que había allí seis habitaciones, dos cuartos de baño, terraza que parecía suspendida sobre el Shenandoah Park, y un *living* realmente estupendo, bien amueblado a estilo moderno, con gusto y elegancia, cuya gran extensión parecía agrandarse aún más debido a que las puerta-ventanas que daban a la terraza estaban abiertas.

Hacia allá fueron los tres, charlando. Cuando entraron, Marion estaba mirando hacia allí, con expresión incrédula.

—Señor Cravens... —musitó—. Me parecía oír su voz, pero no podía creerlo.

—Pues soy yo, ya lo ve —sonrió David, como turbado—. Yo iba por Biscayne Boulevard, y su hermana también, y... Oh, nos hemos encontrado, aún no sé cómo, pero si molesto...

—¡De ninguna manera! ¿Quiere tomar algo?

—Pues... Bueno, tomaré *whisky* con hielo...

—Yo se lo sirvo —se apresuró a indicar Nina.

Se fue hacia el bar que había en un rincón del *living*. Marion señaló a David un sillón.

—¿No quiere sentarse?

—Sí, gracias... ¿Y el señor Cozza?

Fue Tilda la que contestó:

—Se fue. Recibió una llamada telefónica, y tuvo que salir.

David y Nina cambiaron una rapidísima mirada.

—Y aún no ha vuelto —musitó David.

—No, aún no ha vuelto... ¿No es asombroso esto, señor Cravens?

—¿El qué, señorita Griffin?

—Seguramente, llevamos todos muchos años en Miami, y no nos habíamos visto jamás. Y de pronto, en un solo día, nos encontramos por dos veces.

David parpadeó, fingiendo muy bien desconcierto.

—Es verdad... Bueno, en la vida pasan cosas así. Eeeh... Recuerdo que hace tiempo leí una novela de Somerset Maugham, en la que, como siempre, hablaba de sus viajes... Si no recuerdo mal, Maugham decía que estuvo cierto tiempo viviendo en un edificio de apartamentos, o algo así. Mucho tiempo estuvo. Encima de él, vivía un hombre al cual, en unos cuantos años, había visto únicamente dos veces, por la escalera. Más adelante, Maugham tuvo que efectuar uno de sus viajes por el Oriente. Y allá se encontró a su vecino en

Hong-Kong,

en Shangai, en Tokio, en Macao y en Singapur. Todo eso, en menos de dos meses.

—Caramba... Entonces, no debemos extrañarnos demasiado de que usted y Nina se hayan encontrado hoy en Miami.

—Eso creo yo...

—¿Adónde fuiste, Nina? —preguntó Marion.

—Oh, pues... Estaba nerviosa aquí dentro, y cuando Hilary salió, decidí acompañarlo... Pero cuando salí, ya no estaba, lo perdí de vista y decidí dar una vuelta yo sola, en mi coche. ¿Soda, Dave?

—No, no...

Tilda Griffin miró un tanto irónicamente a David y Nina. Éstos comprendieron que ella captaba la confianza que ya había entre ambos, pero no era cosa que pudiese extrañar a nadie.

De pronto, sonó el teléfono que había sobre una de las mesitas de centro, cuadrada y baja.

—Yo lo tomo —dijo Tilda—. Seguramente es Hilary, que quiere decirme algo.

Descolgó el auricular y atendió a la llamada.

—¿Hola? ¿Eres tú, Hilary?

—...

—¿Dónde estás?

—...

Tilda Griffin pareció desconcertada, asombrada también.

—¿Y qué haces ahí ahora? —musitó.

—...

—¿Quieres que vaya?

—...

—Pero... ¿por qué? ¿Está pasando algo?

—...

—Pero, Hilary...

—¡...!

—Está bien, ya voy..., no te enfades conmigo. Sí, en seguida.

Colgó y se quedó mirando el aparato, a cada instante más desconcertada. Por fin, se volvió hacia los demás, que la miraban expectantes.

—Era... era Hilary —musitó—. Quiere que vaya con él; está en su casa...

—¿En su casa? —se extrañó Marion—. ¿Y no piensa venir aquí?

—No lo sé...

—Tilda, no me dejéis sola... Quedaros hoy aquí, con Nina y conmigo... ¡No me dejéis sola!

—Pe... pero yo... yo tengo que ir allá, si Hilary me llama... No lo entiendo; me ha pedido que no olvide mi talonario de cheques...

David Cravens achicó los ojos. En su opinión, Tilda Griffin estaba auténticamente desconcertada. Y él también lo estaba. Pero no tanto que dejase de comprender que estaba ocurriendo algo que podía relacionarse, casi con toda seguridad, con la muerte por accidente de Tobiah Trask.

O quizá se estaba equivocando en todo.

Quizá.

—¿Para qué lo quiere? —inquirió Nina.

—No me lo ha dicho... Me parece que lo llevo en el bolso...

Fue hacia un sillón que había cerca del bar y allá recogió un bolso, lo abrió y removió su contenido; finalmente, mostró el talonario.

—Sí, aquí está... No sé lo que ocurre, pero debo llevárselo a Hilary. Estaba muy nervioso, como... como enfadado... Oh, espero no haber hecho nada que le disguste... ¿Puedo tomar tu auto, Nina?

Nina Blaine captó la rapidísima y significativa mirada de David.

—Eh... Sí, por supuesto. Sólo que no queda suficiente combustible para llegar hasta Hialeah, Tilda.

David se puso en pie.

—Señorita Griffin, si me lo permite... Bien, si usted quiere, yo puedo llevarla a donde sea. Será un placer, de veras.

Tilda lo miró, parpadeando.

—Es usted... muy amable, señor Cravens. Muchas gracias. Sí..., le agradecería que me llevase allá. Parece que corría prisa...

—Entonces —murmuró Marion—, ¿nos vais a dejar solas a Nina y a mí, Tilda?

—Marion, querida... Algo raro le pasa a Hilary...

—Se me está ocurriendo —las tres mujeres miraron vivamente a David—. Se me está ocurriendo que podríamos ir todos allá. Si el señor Cozza está en un apuro, a mí también me gustaría ayudarle.

—¡Oh, sí! —exclamó Nina—. Podemos salir todos, Marion... No tiene objeto que te quedes aquí encerrada, sufriendo...

—Bueno, pero... No, no. Quizá los guardacostas encuentren algo, y... y llamen.

—Señora Trask, tengo teléfono en mi auto. Desde él puede usted llamar cuantas veces quiera a la base de guardacostas. Por mi parte, sólo quisiera hacer algo por ustedes, pero si les parece que mi presencia es inoportuna, me marcharé. Y si necesitan mi coche, es suyo, de todos modos.

—Vamos, Marion —animó Nina—, quizá Hilary nos necesite a todos...

—Bueno... Está bien, vamos todos allá.

—¿Dónde vive el señor Cozza? —preguntó David, aunque lo

sabía.

—En el 2318 de la Segunda Avenida Oeste, en Hialeah..., delante mismo del Hialeah Park Race Track.

—Mmm... Podemos subir ahora por la Avenida Veintisiete, hasta el cruce con el Miami Canal... Allá tomamos North River Drive, y lo seguimos hasta Okeechobee Road, en la cual empieza la Segunda Avenida, hacia arriba... ¿No es así, señorita Griffin?

—Así es, sí...

—Pues podemos salir cuando quieran.

David apuró el *whisky* que le había servido Nina, y se quedó mirando a las mujeres. La primera en dirigirse hacia la salida del *living* fue Tilda Griffin, muy nerviosa. Nina la siguió inmediatamente, junto a David.

Marion se dirigía ya también hacia la puerta, cuando sonó el teléfono otra vez.

—Yo contesto... —dijo Marion—. Quizá tengan alguna noticia en los guardacostas...

Descolgó el auricular.

—Marion Trask —se presentó en seguida—. Diga...

Desde la puerta, David, Tilda y Nina vieron perfectamente su expresión de desencanto.

—No, no, señor... —decía Marion.

—¿...?

—Sí, se ha equivocado...

—...

—Perdonado, por supuesto...

Colgó, miró a los demás, y suspiró, desalentada.

—Número equivocado.

—Marion, por favor —suplicó Tilda—, te aseguro que Hilary estaba muy nervioso...

—Ya estoy lista. Vámonos.

Salieron los cuatro del apartamento. Poco después aparecían en la calle. David señaló su imponente coche, y todos fueron hacia allá. Nina se colocó junto a él, y Tilda y Marion en el asiento de atrás.

Segundos después el coche rodaba por Couth West 19th Street, hacia la S. W. 27th Avenue, que se convertiría en N. W. 7th Avenue cuando cruzasen Flagler Street.

Era un recorrido cómodo y agradable.

Seguramente llegarían a la casa de Cozza, en Hialeah, antes de media hora, a pesar del ya intenso tráfico.

CAPÍTULO VII

Y así fue.

Llegaron allá un par de minutos antes de media hora. Eran las diez y cuarenta minutos cuando los cuatro se apeaban del coche, dejando éste ante la entrada principal de la casa de Hilary Cozza.

Ésta se hallaba en medio de unos bien recortados cuadrados de césped, en los cuales se erguían algunas palmeras. Por entre los recuadros de césped discurrían varios senderos; el más ancho llevaba a la casa, de una sola planta, baja y con el techo encarnado, según supuso David; a menos que fuese distinta a las habituales casitas de Hialeah que tenían acceso al canal, y un pequeño embarcadero blanco en éste. Un lugar bonito y amable..., y, ciertamente, costoso. No todo el mundo podía vivir en Hialeah, con sus blancas casitas, su embarcadero, sus palmeras, sus flores, sus céspedes...

Habían visto el coche de Hilary Cozza ante la casa cuando dejaron allá el de David. Con esto, y con el hecho de que la luz del porche estaba encendida, era bastante para suponer que Hilary continuaba en la casa. Y, posiblemente, muy impaciente.

Tilda fue la más presurosa. Dio unos pasitos saltarines hacia la casa, subió al porche y pulsó el timbre.

¡Ding-donggg...!

Cuando los demás subían al porche, ya repetía la llamada, impaciente.

—Debe estar en la parte de atrás...

—¿Qué haría allí? —musitó David—. Si la está esperando a usted con tanta impaciencia, lo lógico sería que estuviese en la ventana al llegar nosotros... ¿No tiene llave?

—Sí...

—Pues abra.

Solamente Nina pareció captar el diferente tono en la voz de David. Y en su mirada apareció una ligera expresión de sobresalto, quizá porque estaba comprendiendo lo que podía pensar el policía.

Tilda abrió la puerta y entró la primera.

—Hilary... ¡Hilary! ¿Dónde estás?

La entrada daba directamente al *living*. La luz de éste se hallaba encendida. Ninguna otra luz, según parecía.

No hubo respuesta.

—¡Hilary! —repitió Tilda.

Las tres mujeres estaban desconcertadas, inmóviles en el *living*. Pero David Cravens ya estaba abriendo puertas, encendiendo luces y mirando en todas las habitaciones. Había solamente tres, aparte de la cocina y el baño. Y en ninguna de ellas, ni en la cocina, ni en el baño, estaba Hilary Cozza.

Una de las habitaciones era ciertamente curiosa: parecía el rincón preferido de un hombre, deportista por supuesto. Había jabalinas por las paredes; palos de golf, raquetas de tenis, cañas de pescar, un sailfish disecado y también un feísimo lucio de alargada mandíbula inferior. Varias copas, fotografías, banderines...

La voz de Marion Trask casi sobresaltó a David al sonar tras éste:

—Tobiah también..., también tiene una habitación así en el apartamento. Oh, usted no vio todo el apartamento... Lo siento... Ellos siempre estaban bromeando sobre cuál tenía más trofeos, y sobre la más acertada disposición de... de todo esto...

David miró a Marion como si no la hubiese oído. Luego, a Nina y a Tilda, que estaban detrás de ella.

—¿Lo han encontrado?

—No —susurró Tilda—. No está en la casa...

—¿Seguro?

—Claro...

—¿No tiene Hilary una lancha? —sugirió Nina—. Quizá se ha marchado en ella, ¿no?

—Pero... estaba esperándome, me lo dijo... ¿Por qué había de marcharse?

—Iré al embarcadero —dijo David—. ¿Hay luz atrás, señorita Griffin?

—Sí.

—Enciéndala mientras yo voy allá. ¿Es ésa la puerta que da a la parte de atrás?

—Sí, sí...

Estaba al fondo del *living*. David fue hacia allá, seguido de Nina. El la miró, pero no dijo nada. Cuando abrió la puerta, Tilda todavía no había encendido la luz. Caminaron hacia el embarcadero aprovechando la claridad de la luna y otras luces de casas cercanas, también a orillas del canal.

Cuando llegaban al embarcadero se encendió la luz del porche trasero de la casa de Hilary Cozza.

La lancha no estaba allí.

—David —tembló la voz de Nina—, ¿qué está ocurriendo?

—No lo sé, Nina. Pero me parece que tú y yo tenemos muy buen olfato. Está pasando algo raro, desde luego. Y apostaría algo a que tiene que ver con la muerte de tu cuñado. Volvamos a...

Un agudo grito femenino ahogó la voz de David Cravens. Éste y Nina se volvieron rápidamente hacia la casa. Vieron a Marion y a Tilda en el sendero, las dos con las manos en la boca, chillando...

David echó a correr hacia allí. Muy poca distancia.

Y lo vio antes de llegar. Antes no lo habían visto debido a la considerable oscuridad, pero ahora, con la luz del porche trasero encendida...

Bueno.

Allí estaba.

Hilary Cozza, naturalmente.

Estaba tendido en el césped, cara al cielo, muy abiertos los ojos, separados los brazos y las piernas, formando una gran equis. En su pecho, de lleno en el corazón, tenía clavada una jabalina, cuya potencia de entrada estaba fuera de toda duda: se mantenía derecha, vertical, tan sólidamente hincada como si hubiese sido introducida a martillazos.

Tilda Griffin sollozaba histéricamente, y Marion la acompañaba con verdadero entusiasmo. Nina Blaine, tras mirar al cadáver, estaba mirando ahora a David.

—Vamos hacia la casa —susurró el policía—. No debemos tocar absolutamente nada a partir de ahora. Ni de aquí ni de la casa.

Empujó suavemente a Marion y Tilda, que se dejaron llevar, algo

más calmadas. Marion tenía los ojos secos, quizá de haber llorado antes por su esposo; pero Tilda mostraba ya mojado todo el rostro: se le estaba corriendo el maquillaje, e incluso el rojo de labios. Pero continuaba siendo muy hermosa, como Marion...

Lo primero que hizo David al entrar en la casa fue echar un nuevo vistazo al cuarto que antes le había llamado la atención.

Efectivamente.

En uno de los paños de pared, en lugar de haber dos jabalinas cruzadas, había una nada más. Se acercó, sabiendo de antemano que vería los soportes que indicarían que junto a la solitaria jabalina debía haber otra. Y así era.

Salió del cuarto, localizó el teléfono en el *living* y fue hacia allá. Descolgó y marcó un número.

—Police Department. Diga.

—Soy el agente especial Cravens —sonrió al ver el gesto de sorpresa y desconcierto de Marion y Tilda—. Quiero hablar con el capitán Bowser.

—En seguida.

Unos segundos de espera. Marion y Tilda parecieron a punto de decir algo, pero Nina se encargó de ellas en cuanto a explicaciones se refiere, de modo que David pudo atender tranquilamente el teléfono.

—¿Sí?

—Señor, soy Dave. Yo tenía razón. Algo está pasando. Hemos encontrado a Hilary Cozza muerto, en su casa de Hialeah... ¿Sabe la dirección?

—Seguro. Bond, Hawkins y Carmona estuvieron aquí... ¿Cómo ha muerto Cozza?

—Lo han ensartado con una jabalina, justo por el corazón. Está en el exterior... Yo estoy ahora en su casa, claro. ¿Puede venir, señor?

—No. Pero te envío a Tony; está de servicio hoy... Le dejas el caso.

—Bueno, bueno... Envíe un equipo completo, ¿vale?

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Mmm... No. Por ahora, no. Hasta luego.

—Adiós.

Colgó y se volvió hacia las mujeres. Cada una de ellas le miraba

con distinta expresión. Nina, como esperando algo de él. Marion, como sobrecogida. Tilda, casi con expresión de horror... Fue ella la primera en hablar, tartamudeando:

—Usted..., usted es policía... ¡Y creía..., creía que Hilary tiró al agua a Tobiah!

David encendió un cigarrillo.

—No creía nada, señorita Griffin. Eran solamente insignificantes sospechas... De no haber sido policía ni siquiera se me habrían ocurrido. Espero que me perdonen.

—¡Perdonarle! ¿Qué es lo que tenemos que perdonarle?

—Pues... Bueno, no haberles dicho que era policía. ¿Les ha explicado Nina...?

—Sí... Yo no... no entiendo eso, señor Cravens... ¿Qué...?

David les ofreció cigarrillos, esperó a que los prendieran, y se sentó frente a ellas.

—Les aseguro que sé tan poco de todo esto como ustedes. Todo lo que puedo decirles es que sospeché algo y decidí seguir adelante. Naturalmente, ahora me resulta imposible sospechar que el señor Cozza tuviese nada que ver con la muerte del señor Trask... Por lógica, debería ser así. Eeemmm... Bueno, debemos suponer que existe una tercera persona que, por lo que sea, ha querido quitar de en medio a los dos socios de

Trask & Cozza

Sports... ¿No les parece?

—Pe... pero... ¿quién podía querer...?

—¿Cómo saberlo, señora Trask? La única pista que tenemos es la que pueda proporcionarnos un hombre llamado Jule Bourland... ¿Le conoce usted?

Marion Trask se mordió los labios.

—Yo..., yo...

—Es un apostador profesional, señora Trask. ¿Jamás le habló su esposo de Jule Bourland?

Marion inclinó la cabeza.

—Sí...

—¿Qué le decía sobre él?

—Pues eso... Es un apostador profesional, está siempre en el Miami Beach Kennel Club...

—Su esposo era aficionado a las carreras de galgos, señora

Trask. ¿Podemos suponer que tenía tratos con Bourland..., que sus relaciones estaban definidas por las apuestas en el canódromo?

—Sí, sí...

—¿Le debía dinero su esposo a Bourland?

—No..., no lo sé...

—Cuando llamaron al señor Cozza al apartamento de usted, estoy seguro de que era Bourland. Esa llamada puede significar varias cosas. Una, que Bourland quería hablar con su esposo para pedirle el dinero; eso significaría que no sabía que Tobiah Trask está muerto, y se supone que, en tal caso, no podemos sospechar de Bourland... Dos, que Bourland supiese que Tobiah Trask ha muerto, y, enterado de que ustedes estaban reunidos en el apartamento de usted, decidiese llamar al señor Cozza para pedirle el dinero.

—¿A Hilary?

—Claro. Era el socio de Tobiah Trask, ¿no es cierto?

—Oh... Pero..., pero si no fue Bourland quien llamó...

—Apostaría que sí, señora Trask. Y le diré por qué. Cuando el señor Cozza salió de su apartamento se fue al Miami Beach Kennel Club. Y allá estuvo hablando con Jule Bourland.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Nina los vio juntos en el canódromo.

Marion miró con reproche a su hermana menor.

—Nina, no me has dicho eso...

—Se me ha pasado... Marion, perdóname; si no te dije antes la verdad de cómo y dónde nos habíamos encontrado David y yo fue por no alarmarte, y... y porque convenía ser discretos...

Tilda Griffin suspiró profundamente.

—¿Discretos estando yo delante, Nina? —susurró.

—Sí.

—Tenga en cuenta, señorita Griffin —intervino David—, que, por el momento, sospechábamos de Hilar y Cozza. No podría extrañarnos demasiado que, si él tenía algo que ver con la muerte de Tobiah Trask, usted quizá estuviese enterada.

—¿Cómo cómplice, señor Cravens?

David hizo un gesto de impotencia.

—Le ruego que me perdone, señorita Griffin.

—No se preocupe —sonrió ella, temblorosamente—. Espero que ya no sospeche de mí. Por si no lo sabía, señor Cravens, yo... yo

amaba de verdad a Hilary... y... y él a mí... ¡Estoy segura! ¡Nos habríamos casado, si..., si no hubiese...!

Se echó a llorar de nuevo, y David tuvo que tragar saliva para poder hablar.

—Quizá..., quizá la culpa sea mía, señorita Griffin; si yo hubiese emprendido la investigación con más decisión, quizá habríamos podido evitar algo.

—Dave, ¿no puedes culparte tú de lo ocurrido!

—Claro que no, Nina... En fin, de veras lamento no haber sido más osado en mis movimientos y sospechas... Señorita Griffin, ¿el señor Cozza era también aficionado a las carreras de galgos?

—No. Jamás fue allá, que yo sepa.

—¿Qué dice usted, señora Trask?

—Yo..., yo sólo sé que... que Tobiah iba a menudo al canódromo. Pero siempre solo, señor Cravens. Jamás hablábamos demasiado sobre esto, porque él sabía que yo no estaba de acuerdo... Y nunca me dio a entender que Hilary fuese también allá.

—Bien... Sólo nos queda una pista: Jule Bourland, apostador profesional. Mmm... Sí, creo que es una pista importante... Hilary Cozza fue allá, y Bourland le pidió el dinero que quizá le debía Tobiah Trask. El señor Cozza vino aquí, a recoger lo que tuviese... ¡Claro! Por eso llamó a la señorita Griffin, y le dijo que viniese en seguida... «con el talonario de cheques». Es posible que el señor Cozza no tuviese ni aquí ni en el Banco bastante dinero para pagar esa cantidad. Por eso, sabiendo que la señorita Griffin tenía... o tiene algo de dinero, decidió pedírselo, a fin de no tocar nada del negocio, de la firma... No quería eso, ni el escándalo para su socio si Bourland decidía pedir el dinero a la señora Trask... De donde resulta..., o puede resultar, que el señor Cozza era una buena persona, buen socio y excelente amigo... A veces, los policías no tenemos mucha vista. Lo siento.

—¿Y ahora qué..., qué hacemos? —musitó Marion.

—Esperar a mis compañeros. Ellos buscarán huellas por aquí..., lo que sea. Una ambulancia se llevará el cadáver del señor Cozza a la Morgue. Todos tendremos que declarar... Pero procuraré evitarles el mayor número posible de molestias. Y... Bueno, el señor Jule Bourland quizá nos diga algo interesante. Por favor, no toquen

nada; mis compañeros no tardarán.

* * *

El policía *Pony* Leman, de servicio aquella noche, se acercó a David, que estaba junto al cadáver de Hilary Cozza, todavía cerca del embarcadero.

—No parece que haya nada importante, Dave.

—Lo suponía.

—¿Lo suponía? ¿Por qué?

—Porque nuestro asesino es en verdad una persona inteligente...

—Todavía no podemos asegurar que no existan huellas.

—Déjalo, Tony. Estoy seguro de que no encontraréis ninguna... ¿Tú crees en el crimen perfecto?

—Oh, déjame en paz... Ya se ha hablado y escrito mucho sobre eso, Dave.

—¿Crees o no crees?

Tony Leman quedó pensativo unos segundos.

—Aclárame antes una cosa, ¿consideras que este crimen tiene móvil... o que no tiene móvil?

—Tiene móvil, desde luego.

—Ajá... Entonces no existe el crimen perfecto. A menos que el asesino...

—O asesina —cortó David.

Tony Leman lo miró vivamente.

—Claro —se echó una pastilla de chicle a la boca—, o asesina. Iba a decir que el crimen no puede ser perfecto a menos que el asesino o asesina sea más inteligente que cualquier hombre de nuestro Servicio. Todo puede ocurrir, claro, pero lo dudo... ¿Me estás oyendo?

—¿Eeeh...? Oh, sí, Tony... Dime una cosa —señaló el cadáver—, ¿crees que una mujer puede clavar tan profunda y fuertemente una jabalina en el pecho de un hombre como Hilary Cozza? Fíjate bien en él. Podía tener alrededor de treinta y cinco años, pero... Era fuerte, duro, un auténtico deportista. ¿Crees que una mujer puede propinarle semejante lanzazo?

—En circunstancias normales, no.

—¿A qué llamas tú circunstancias normales?

—A tirarle la jabalina.

—¿Crees que se la tiraron al pecho desde cierta distancia?

—Mmm... Parece un golpe seco, limpio... Creo...

—Espera. ¿Quieres decir que la impresión que produce no es la de haber sido «clavada» en el pecho de Cozza, sino «lanzada»?

—Exactamente eso, Dave. No. Demonios, no; no puede hacerlo una mujer. O, por lo menos, no parece que pudiese hacerlo.

—¿Apostarías la vida?

—¡La vida! ¡Claro que no! En nuestra profesión se ven y se oyen cosas a cual más sorprendente... No, señor, no apostaría la vida Dave.

—Mira, Tony, el caso es tuyo. No quisiera...

Tony Leman soltó un gruñido.

—Déjate de tonterías, Dave; tus ojos son buenos. ¿Qué has visto?

—Si va a molestarte...

—No seas estúpido. Hoy puedes ayudarme tú a mí. Mañana quizá te ayude yo a ti. Dime lo que estás pensando y cuenta conmigo. Se trata de nuestra labor, ¿no es eso?

—Gracias, Tony. Quisiera... Verás, vas a solicitar una autopsia especial de estómago.

—Oye, oye, todas las autopsias...

—Lo sé muy bien: se parte del estómago. Pero quiero una atención especial en este caso. Quiero que nos digan si hay en el estómago de Hilary Cozza algo especial...

—¿Como un... narcótico, por ejemplo?

—Ajá.

—¿Crees que pudieron narcotizarlo y luego clavarle la jabalina en el pecho?

—Hum.

—¿En cuyo caso podría haber sido una mujer?

—Hum.

—Las tres mujeres de las cuales se podría sospechar estaban contigo, Dave.

—¿Por qué suponer que en Miami solamente hay tres mujeres?

—Correcto —sonrió secamente Tony Leman—. ¿Qué te parece que hagamos ahora?

—Acabar pronto con las huellas, las fotos, la situación del cadáver, las preguntas... Marchémonos de aquí, Tony. Tú te llevas a las mujeres al Departamento.

—Bien. ¿Y tú?

—Iré a darme una vuelta por el Miami Beach Kennel Club.

—¿Solo?

David se palpó el sobaco izquierdo.

—Con mi amiguita.

—Oye, oye...

—No creo tener que recurrir a ella. Lo único que me interesa es charlar unos minutos con Jule Bourland.

—Está bien. Si pasa algo, llámame. Estaré en el Departamento. Supongo que debo retener allí a las tres chicas hasta que me avises.

—Sí.

—Vale.

CAPÍTULO VIII

En la carrera de los mil seiscientos quince pies, el perro «seis» salió lanzado como un loco; como si quisiera adelantarse a su propio bozal.

Desde el primer momento, David supo que aquél iba a ser el ganador; el «uno» se le acercaba mucho, como colocado, pero, indiscutiblemente el «seis» iba a dar la vuelta en primer lugar. Nadie podría ya pararlo.

La pista estaba llena de luces, la liebre corría a más de cincuenta millas por hora... Había palmeras, dinero y Coca-Cola...

El griterío evidenciaba la excitación del público. Los perros iban dejando atrás la hilera de palmeras que bordeaba la pista...

Segundos después, entre un murmullo de desilusión, el perro «seis», efectivamente, ganaba la vuelta. Al parecer, no habían sido muchos los que habían apostado por él.

Pisando maní, chapas de botellas y paquetes de cigarrillos ya vacíos, entre otras cosas, David Cravens se apartó de la valla, caminando hacia las cajas.

Un par de minutos después, y tras haber preguntado varias veces a empleados del canódromo, caminaba bajo las tribunas, por un amplio pasillo aireado. Finalmente, se detuvo ante una puerta, cerca de la cual había un tipo de hombros enormes, que estaba desenvolviendo un caramelo casi tan enorme como sus hombros.

David no le hizo mucho caso. Puso la mano en el pomo de la puerta...

—Eh, usted.

Era el tipo del caramelo enorme.

—¿Yo? —sonrió David.

—Usted. ¿Qué quiere?

—Pues... Bueno, sólo quiero ver a Bourland.

—Sólo eso, ¿eh?

—Me han dicho que podría encontrarlo aquí...

—No está. Se fue. Voló.

—De todos modos...

El hombre se echó el caramelo en la boca, se acercó y miró a David desde lo alto de sus seis pies cuatro pulgadas.

—De todos modos..., ¿qué? —masculló, triturando el caramelo.

—De todos modos, quisiera comprobarlo. Es muy importante...

Intentó de nuevo empujar la puerta, pero una de las manazas del tipo de los caramelos sepultó el pomo.

—Le he dicho que Bourland no está.

—Sí, lo he oído. Pero quisiera comprobarlo.

El hombretón frunció el ceño y miró hacia otro lado. Hacia la barandilla del medio foso, en la cual había otro hombre, no menos imponente que él. Seguramente había estado apoyado allí, atento a la carrera última, pero ahora su atención estaba fija en David Cravens y en el gorila del caramelo.

Éste llamó:

—Polk, ven aquí, hay que hacer volar a un angelito.

El llamado Polk se movió de mala gana. Llegó junto a David y el otro, y farfulló:

—¿Qué pasa, Seegers?

—El tonto éste, que quiere ver a Jule. Le digo que no está, y se empeña en entrar.

—¿Y para eso me llamas? Échalo, y en paz.

—Eso voy a hacer.

Adelantó una manaza hacia David. Éste retrocedió j un paso...

—Un momento, esperen...

Pero Seegers no quería esperar. Cerró la manaza, convencido de que en ella iban a quedar las solapas de Cravens. Al no conseguirlo, se molestó bastante.

—Vaya con el tonto... —gruñó.

Entonces, casi de buenas a primeras, soltó un tortazo fenomenal..., que sólo encontró el aire mondo y lirondo. A cambio de eso, recibió un zurdazo en el estómago y un rechazazo en la mandíbula que lo tiraron contra la pared como si fuese de paja. Lo

malo fue el rechazazo, que le obligó a escupir violentamente el caramelo.

—¡Ahora te enseñaré...!

Dos golpes más en el estómago y una bofetada entre los dos ojos, que lo dejó medio ciego, hizo comprender prontamente a Seegers que la cosa no era tan fácil como había creído.

Pero eso no lo sabía Polk, que al ver cómo aporreaban a su compañero se tomó en serio la cuestión.

Y también quiso pegar a David.

¿No era fantástico aquello?

Polk estaba seguro de que había lanzado un puñetazo capaz de romperle la cabeza a un elefante. En cambio, lo que ocurrió fue que alguien cogió su puño... Supo que estaba volando, y se convenció cuando su corpachón se estremeció con el golpetazo de la caída. Los ojos le bailaron en las órbitas.

No veía muy bien, pero habría jurado que Seegers no lo estaba pasando bien precisamente.

Okay.

Seegers estaba recibiendo una tanda de puñetazos en la cara que seguramente harían el efecto de una cirugía... antiestética. Por más que manoteaba, intentando encontrar entre sus brazos al tipo tonto de los cabellos rojizos, lo único que hacía era recibir torta tras torta, como en un concurso de «a ver quién aguanta más».

Polk paró sus ojos con las manos cuando vio al pelirrojo aporrear a mansalva el estómago de Seegers. Éste se encogía una y otra vez, y, al parecer, ni siquiera le quedaban fuerzas para esquivar los golpes. El último de ellos, cruzado en la mandíbula, lo tiró contra la puerta, donde rebotó hasta caer tendido boca abajo en el suelo.

Luego, el tipo pelirrojo se acercó a Polk, arreglándose la corbata, sonriendo. Ni siquiera había sido alcanzado por un solo cochino golpe.

—Muy bien, Polk. Ahora...

Polk estaba muy enfadado. Lanzó un doble puntapié, en tijera, que quizá habría roto las rodillas de David... si éste hubiese sido alcanzado.

Pero no.

No, señor.

David saltó hacia atrás, mientras Polk, debido al impulso de sus piernas, giraba en el suelo sobre sí mismo, quedando boca abajo.

Comprendió que había fallado el golpe, y estaba a punto de revolverse para continuar el juego, cuando el policía le cogió los dos pies, se los dobló, de modo que Polk tuvo que quedarse inmóvil, a menos que sus pies no le interesaran, y, entonces, David le golpeó con el tacón de su zapato en los riñones, de arriba abajo, a mansalva.

Polk quedó como una estatua de tan inmóvil, lívido. Era como si todo su cuerpo hubiese quedado, de pronto, agarrotado, petrificado. Más o menos, sabía lo que pasaba a su alrededor, pero no podía moverse ni respirar: era como si estuviese bajo una prensa.

Entonces, una placa policial apareció ante sus ojos.

El tipo aquél se había acuclillado ante él, mostrándosela.

—Esto es lo que quería decirles, muchachos. ¿Cómo están esos ánimos?

Polk se dio cuenta de que ni siquiera podía hablar.

Entonces David le atizó una torta de competición, y el aire entró en los pulmones de Polk. Inmediatamente, éste se sintió izado por una dura mano que tiraba del cuello de su chaqueta.

—Arriba, galgo. Vamos a entrar a ver a Jule Bourland.

David abrió la puerta y tiró adentro a Polk. Luego agarró uno de los pies de Seegers y lo arrastró hasta el interior de aquella especie de oficina.

Cerró la puerta y se dio una vuelta por allí. No había nadie. De modo que parecía ser cierto lo de que Jule Bourland no estaba.

Polk miraba a David en silencio, evidentemente enfurruñado... Sin hacerle ningún caso, sonriendo, David llenó de agua uno de los vasos de papel del depósito y lo vació sobre la cabeza de Seegers.

Éste gruñó algo, se sentó en el suelo y estuvo unos segundos mirando invisiblemente mariposas que volaban a su alrededor. Por fin, vio a Polk. Luego, a David Cravens.

—Es un policía, Seegers —masculló Polk.

David sonrió amablemente.

—¿Dónde está Bourland? —preguntó.

Seegers movió la mandíbula hacia ambos lados, cautelosamente. Se convenció de que podría continuar triturando caramelos, y entonces contestó:

—Ya se lo dije: se fue.

—¿Adonde?

—No lo sabemos. No nos da explicaciones.

David quedó silencioso, pensativo, unos segundos.

—¿Trabajan de matones con él? —sonrió al fin.

—Oiga...

—Bueno...

—De acuerdo. La respuesta es sí. ¿Les gustan los líos con la policía?

—No.

—Entonces, vamos a jugar a los psiquiatras.

—¿A qué?

—A los psiquiatras. Tengo algo que preguntarles. Pónganse cómodos y vayan contestando a las preguntas que les iré haciendo... Contesten inmediatamente, sin vacilaciones, y díganme la verdad. Si se portan bien, olvidaré que quisieron golpearme. Ustedes ya saben que eso significa algún tiempo de prisión, ¿no?

—Usted no nos dijo que era un policía —gruñó Polk.

—No me dejaron decirlo, compañero. Tuve que demostrarlo. —David sonrió amistosamente—. ¿Jugamos a los psiquiatras? Siéntense cómodamente. Yo les haré unas preguntas y ustedes contestan. Eso es todo.

Seegers y Polk ocuparon cada uno una silla. David los miró, mientras encendía un cigarrillo, sentado en la esquina de la mesa.

—¿Listos?

—Sí.

—Perro.

—Apuesta...

—Hambre.

—Comida...

—Vicio.

—Caramelo...

—Domicilio de Bourland.

—En el 690 de la 10th Street, Miami Beach, apartamento H...

—Pelea.

—Puñetazos...

—Tabaco.

—Humo...

—Amor.

—Divorcio...

David apenas pudo contener la carcajada.

—Mar —siguió.

—Barcos...

—Asesinato.

—Poli... policía...

—Tobiah Trask.

—Eeeh... Oiga, polizonte...

—Seegers: puedo romperle la cara en menos de medio minuto.

Lo puedo hacer, y lo haré con mucho gusto si me da otra oportunidad. Tobiah Trask.

—Pero es que...

—Conteste, Seegers.

—No voy a contestar.

David se puso en pie. Caminó hasta quedar delante de los dos matones y los miró duramente.

—Ustedes dos son unos infelices —gruñó—; conozco el tipo. Los voy a meter en la cárcel por cinco años. Ésa es la pena por atacar a un agente especial del Police Department.

—¡Oiga...! —Polk y Seegers palidecieron.

—No sean tontos, muchachos —aconsejó David—, tienen todas las de perder. Sólo quiero saber qué había entre Tobiah Trask y Jule Bourland. Díganme eso y dónde está ahora Bourland, y les prometo olvidarme de la pelea que hemos tenido. ¿Trato hecho?

Los dos matones se miraron.

—Trask le debía dinero a Jule —gruñó Polk.

—¿Cuánto?

—Más de cien mil dólares.

David silbó por lo bajo.

—Caray... ¿Y todo eso jugando a los perros?

—Sí.

—¿Apuestas particulares?

—Pues... Sí, sí.

—Bien. ¿Qué vino a hacer aquí un hombre llamado Hilary Cozza?

—Vino a charlar con Jule.

—¿Jule lo llamó? Un momento... Quiero decir que Jule

Bourland llamó a Trask a su apartamento, y, en lugar de venir Trask, vino Cozza... ¿Correcto?

—Sí.

—¿Qué hablaron?

—No lo sabemos...

—Uno de ustedes estaba con Bourland cuando él hablaba con Hilary Cozza. Sé que éste habló con Bourland, pero que otro hombre estaba con ellos... ¿Cuál de los dos fue?

—Yo —admitió de mala gana Polk.

—¿Qué hablaron ellos?

—Jule le dijo a ese Cozza que Trask le debía cien mil y pico de dólares, y que quería cobrarlos. Cozza dijo que Trask había sufrido un accidente..., que había muerto. Entonces, Bourland le dijo que quería el dinero. O eso, o iba a visitar a la viuda...

—¿Cozza le dijo que le traería el dinero?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Lo más pronto posible. Quedaron en que Cozza llamaría por teléfono a Jule.

—¿Y...?

—Jule recibió una llamada como una hora después. Dijo que iba a cobrar, muy contento, y se fue del canódromo.

—¿Adonde?

—No lo sé.

—¿Había algo que probase que Trask debía dinero a Bourland?

—Claro; unos pagarés...

—¿Están aquí?

—No. Jules guarda estas cosas en su apartamento.

David volvió a quedar pensativo unos segundos.

—¿Quién llamó luego a Bourland?

—No lo dijo... Quiero decir que Jule no nos lo dijo. Solamente dijo que iba a cobrar.

—¿Saben algo más de él?

—No.

—Hemos quedado en que Bourland vive en...

—El 690 de 10th Street, apartamento H.

—Okay. ¿Saben nadar?

Los dos matones se miraron, desconcertados.

—¿Quién? ¿Nosotros?

—Ajá.

—Pues... Bueno, sí, un poco...

—¿Sólo un poco?

—Pues...

—¿Qué tal se les daría estar esperando bajo el agua a un hombre y acuchillarlo allí?

Las bocazas de Polk y Seegers quedaron abiertas por el pasmo.

—¿Está loco? —Casi gritó Seegers.

—Olvídenlo —sacó el paquete de cigarrillos y dio uno a Polk y otro a Seegers—. Del mismo modo que yo voy a olvidar que podría meterlos entre rejas por cinco años. Sólo otra cosa más: yo me voy ahora. Ustedes se quedarán aquí, en el canódromo, quietecitos y sin llamar a nadie por ningún medio. ¿Está claro?

—Está claro.

—Pues, adiós. —David fue a la puerta, la abrió y se volvió—. Les he perdonado cinco años de cárcel, ¿no?

—Sí.

—Se dice «gracias».

Seegers y Polk soltaron un bufido.

—Gracias.

—De nada —rió David.

Y cerró la puerta.

* * *

El 690 de la 10th Street, de Miami Beach, estaba a menos de dos minutos en coche, partiendo del Miami Beach Kennel Club. Por lo visto, a Jules Bourland le gustaba estar cerca de su «oficina».

Era un bonito edificio, con amplias terrazas, bien iluminado, de cara al Flamingo Park. Éste debía verse desde la azotea, seguro...

Nadie vio entrar a David Cravens en el edificio. Se metió en el ascensor, bajó en la segunda planta del edificio y buscó allá el apartamento H. Había calculado bien, allá estaba. Llamó al timbre, pero al mismo tiempo, pura rutina, empujaba la puerta con la punta de un pie...

Y la puerta se abrió.

Acabó de abrirla y quedó en el umbral, fruncido el ceño. Todo estaba a oscuras allá dentro. Tanteó con una mano, hasta encontrar

el interruptor, dio la luz, y lo vio en seguida.

A Jule Bourland, sí.

Entró, cerró la puerta y se acercó al cadáver.

Jule Bourland estaba sentado en el sofá del *living-hall*, con la lengua fuera y los ojos casi fuera de las órbitas. Alrededor de su cuello, furiosamente apretada, tenía una correa de las que se utilizaban en las traillas de galgos. Un espectáculo indiscutiblemente desagradable... y trágico.

El policía se pasó la lengua por los labios. Era verdad aquello de que a veces se sentía la boca seca. Con una mano un tanto temblorosa, se colocó un cigarrillo en los labios y lo encendió. Miró la hora en su reloj. Las once y treinta y nueve minutos. En menos de doce horas habían muerto tres hombres: Tobiah Trask, Hilary Cozza y Jule Bourland.

¿Por qué?

¿Quién?

¿Cómo?

De algo no había ya duda: la muerte de Tobiah Trask no había sido accidental.

¿Qué relación había entre los tres hombres? Conforme, la había entre Bourland y Trask. Pero... ¿y Cozza? Jamás había apostado su dinero a los galgos. Trask, Bourland y Cozza. ¿Dónde estaba la clave?

Se podía relacionar a Cozza y Trask, como propietarios de los almacenes de artículos deportivos. Okay. Se podía relacionar a Trask y a Bourland como aficionados a lo grande a las carreras de galgos. Okay.

Se podía formar dos parejas con tres hombres, uno de los cuales tenía relación con los otros dos: Trask-Cozza... Trask-Bourland...

Pero... ¿qué significado tenía el trío Cozza-Trask-Bourland?

Ninguno.

Aparentemente, ninguno.

Aparentemente.

Fumando, David se dio una vuelta por el apartamento. Estaba bien montado, era bonito, serio, elegante... Jule Bourland había sido elegante en todo.

David se fue al teléfono, tras convencerse de que a simple vista no iba a encontrar nada interesante. Lo descolgó, tomando el

auricular con el pañuelo, y marcó el número.

—Police Department... ¿Diga?

—Soy Cravens. Quiero hablar con Tony Leman. No importa dónde esté y lo que esté haciendo ahora. Tiene que hablar conmigo con toda urgencia.

—Bien.

Tony Leman se puso al aparato casi un minuto más tarde.

—¿Dave?

—Tony, han matado a Bourland, el apostador.

—Demonios... ¿Dónde estás?

—En su apartamento. Es el H del 690 de la 10th Street, Miami Beach.

—Iremos...

—No. No, Tony, espera... No vas a decir nada de esto a nadie.

—Pero, Dave...

—¿Son buenos mis ojos, sí o no?

—Te escucho, Dave.

—Pero escucha bien, Tony. Dentro de unos minutos saldré hacia ahí. Mientras tanto...

CAPÍTULO IX

Tony Leman regresó a su oficina, recorriendo con el ceño fruncido el corto trecho de pasillo que separaba su despacho del de David Cravens. Tanto éste como él mismo, tenían por norma no atender el teléfono en su propia oficina cuando en ésta había testigos del caso que les ocupaba.

Cuando entró en su despacho, Leman ya no tenía el ceño fruncido, sino una amable sonrisa en los labios, destinada exclusivamente a las tres mujeres.

Además de Nina Blaine, Marion Trask y Tilda Griffin, estaban allí los agentes Carmona, Bond y Hawkins y un taquígrafo, que estaba pasando a máquina el informe obtenido de las tres mujeres. Y el capitán Charles Bowser.

El informe no era muy largo. No podía serlo, lógicamente, dado que ninguna de las mujeres podía decir otra cosa que su hallazgo del cadáver, en compañía de un agente del Police Department.

—Señor.

Bowser miró a Leman, captó la seña de éste y se le acercó a un extremo de la oficina.

—¿Qué hay, Tony?

—Me ha llamado Dave. Está ahora en el apartamento de Jule Bourland, el apostador.

—¿Y...?

—Bourland está muerto. Dave dice que lo han estrangulado, con una correa de ésas para pasear perros.

—Esto se está complicando...

—Dave dice que ya lo tiene solucionado.

Charles Bowser miró vivamente a Leman.

—¿Oh, sí? ¿Cómo es eso?

—No lo sé.

—¿Cómo? ¿Que no lo sabes? ¿Es que Dave no te lo ha dicho?

—Bueno..., la cosa está solucionada a medias, según dice...

—¡A medias! Tenemos tres asesinatos entre manos, y el gran David Cravens llama para decirnos que tiene las cosas solucionadas a medias...

—Espere, señor, espere... Dave empezó esto, ¿no es así?

—Eh... Sí, claro.

—Bueno, pues yo le dije que aceptaba su ayuda extraoficial... No se trata de lucirnos particularmente, sino de encontrar al asesino... o asesina. ¿Sí?

—Claro —gruñó Bowser.

—Pues vamos a seguir las instrucciones de Dave. ¿Puedo?

—De acuerdo.

—Sólo quería que usted lo supiera. Ahora, hablaré con las mujeres..., a las cuales tenemos muy intrigadas con este aparte. Será fácil dejarles ver que se trata de un asunto aparte. Yo llevo la batuta, señor.

—¿Cómo no...! El caso es tuyo, ya te lo dije. Para eso estás de servicio este fin de semana.

—Allá voy.

Los dos regresaron al centro del despacho de Leman. Éste se dirigió a las tres mujeres, que ocupaban sendas sillas delante de la mesa.

—Disculpen por la espera —sonrió Tony—. He tenido que atender otro asunto que quedó pendiente ayer... ¿Está listo eso, Clifford?

—Un minuto, Tony. Sólo un minuto —dijo el mecanógrafo.

—Bien... —Tony miró de nuevo a las mujeres—. Sólo tendrán que firmar, y ya podrán marcharse. Les tendremos al corriente de la investigación —sonrió de nuevo, como disculpándose—. Siempre dentro de unos ciertos límites, claro... Lamento no poder evitarles estas molestias, de veras.

—No se preocupe —musitó Nina, que parecía la más serena de las tres en aquellas circunstancias—. Lo importante es que todo este trabajo dé resultado.

—Lo intentaremos.

—¿Y... el señor Cravens?

—Oh... Dave está ahora ayudándome, claro. Esperamos conseguir algo relativamente pronto... Bueno, Clifford, ¿cómo va eso? Es más de la una de la madrugada, y las señoras no tienen por qué soportarnos hasta...

El mecanógrafo gruñó algo, dejó de teclear y arrancó de un tirón el papel que tenía en la máquina. Lo despegó de la copia y lo ofreció a Leman.

—Aquí tienes, ogro.

—¿Te las das de gracioso? —masculló Tony.

—Me las doy de dormido. Detesto los fines de semana con servicio.

—Bueno, lárgate a dormir ahí al lado.

—Muy agradecido. ¿Vamos, muchachos?

Hawkins, Bond y Carmona miraron a Leman, que asintió con un gesto. Los cuatro hombres salieron del despacho de Leman, y éste se sentó en su sillón, leyendo rápidamente el informe tomado. Por fin, suspiró y lo tendió a las tres mujeres.

—Si quieren firmarlo, por favor...

Lo hicieron. Leman se quedó unos segundos mirando el informe. Luego lo Jejo sobre la mesa y se puso en pie, sonriendo.

—Muy agradecido por todo... y buenas noches. Siento lo ocurrido.

Las tres se pusieron en pie, se despidieron, y caminaron hacia la puerta.

—Oh, por cierto... Señorita Blaine, me pasaron antes un recado de Dave para usted... ¿Puede quedarse un minuto? Hágalo usted también, señora Trask, por favor. Señor, la señorita Griffin...

—Yo la acompañaré —gruñó Bowser, en su papel de ayudante.

Tilda Griffin se quedó mirando hoscamente a Leman, mientras el inspector Bowser abría la puerta.

—Os espero afuera —dijo Tilda.

Y salió, precediendo a Bowser. Leman quedó pensativo un par de segundos.

—¿Me perdonan? —musitó—. Olvidé decirle algo al inspector...

Salió del despacho, dejando solas a las mujeres. Pero apenas por un minuto. Cerró la puerta de nuevo y regresó a su sillón. Las hermanas Blaine le miraban expectantes.

—¿Qué mensaje le pasaron para mí, señor Leman? —preguntó

Nina.

—¿Mensaje?

Las dos mujeres miraron atónitas a Leman.

—Usted dijo que le habían pasado un mensaje de Dave para mí... Por eso me pidió que me quedase... ¿No?

—No hay mensaje, señorita Blaine. Por lo menos, no para usted.

—Bueno...

—Dave llamó, es cierto. Pero lo que dijo iba destinado a mí.

—¿Podemos marcharnos, entonces?

—Señora Trask, ¿usted sabía que Hilary Cozza y Tilda Griffin estaban casados legalmente?

—Oh, no lo estaban, pero... —Marion se quedó mirando a Leman, con los ojos muy abiertos—. Espere... ¿Qué ha dicho exactamente usted?

—Pues que Hilary Cozza y Tilda Griffin están casados legalmente, señora Trask. Ahora, la... señorita Griffin es tan viuda como usted.

Marion había palidecido.

—No...

—Le aseguro que sí.

—Pero..., ¡pero ni ella ni él dijeron nunca eso!

—Sus motivos tendrían.

—Oh, debe haber un error...

—No hay error, señora Trask. ¿Recuerda que antes me llamaron al teléfono, y para atender la llamada salí de mi despacho?

—Sí, claro... Lo... lo recuerdo.

—Era Dave. Después que todos nos fuimos de la casa del señor Cozza, él volvió allá y la registró. Encontró una licencia matrimonial, extendida a nombre de Hilary Cozza y Tilda Griffin.

—Pe... pero... no... Yo no entiendo...

Tony Leman hizo un gesto de impotencia.

—Nosotros tampoco, señora Trask. No es frecuente que una mujer casada oculte este hecho. Por el contrario, suele haber muchas que, no estando casadas, van diciendo por ahí que sí lo están, con el hombre que las tiene como amantes. Es... una actitud lógica, lo podemos asegurar. En cambio, no es lógico que una mujer casada se haga pasar por la amante de su marido... a menos que tenga unos poderosos motivos para hacerlo.

—¿Qué..., qué quiere decir?

—El señor Leman. Marion —musitó Nina—, nos está diciendo que Tilda e Hilary estaban tramando algo. ¿No es así, señor Leman?

—Pues... en parte, señorita Blaine. Yo no creo que Hilary Cozza estuviese tramando su propia muerte. Me parecería el colmo de la tontería, de la necedad... Pero, claro, quizá la ha tramado otra persona...

—¿Tilda Griffin? —preguntó Marion con un hilo de voz.

—Mmm... Podemos pensar que, en principio, Tilda y su esposo tenían trazados ciertos planes que los incluían a los dos... Pero, quizá más adelante la señora Cozza pensó cosas mejores... para ella, se entiende. Para ella sola.

—Mire, señor Leman —murmuró Nina—, nosotras no entendemos mucho de esto...

—Lo voy a explicar muy brevemente. Hay dos matrimonios. Cada uno de los esposos posee la mitad de unos grandes almacenes que están valorados en unos tres millones de dólares. Si muere uno de los socios, su parte pasa a la correspondiente esposa. Es decir, señora Trask, que usted es ahora propietaria de la mitad de los Trask & Cozza

Sports... ¿Correcto?

—No... No había pensado... ¡Claro que es correcto!

—Bien. La otra mitad, pertenece..., pertenecía a Hilary Cozza. Muerto éste..., ¿a quién pasa esa mitad?

—A..., a su esposa... Tilda.

—Eso es todo.

—Pe-pero... ¡Pero Tilda igual habría disfrutado de esa mitad estando casada con Hilary! ¿Por qué matarlo?

—Para ser «ella» la dueña, no él.

—No... No, no, no... Tilda amaba de verdad a Hilary...

—Eso es lo que dice ella. La... señorita Griffin tiene un apartamento. ¿Por qué no vivía con el señor Cozza? Nadie iba a molestarlos, supongo, mientras ellos no molestasen a nadie. Quizá la... señorita Griffin quería tener un apartamento, vivir aparte de Hilary Cozza para, recibir otra visita allí. Otra visita que quizá sea el futuro copropietario, con usted, de los

Trask & Cozza

Sports, en cuanto se case con la viuda de Hilary Cozza.

—Pero esto..., esto es..., ¡es horrible!

Tony Leman sonrió tristemente.

—Le aseguro que en el Police Department hemos manejado cosas más horribles que ésta, señora Trask.

Marion estaba lívida como un cadáver. Parecía tan absolutamente incapaz de hablar, que Nina tomó la palabra por ella.

—¿Qué piensa hacer ahora?

Tony Leman sonrió secamente.

—Nada.

—Eeeh... ¿Nada? Pero...

—Señorita Blaine, no hay conejo más fácil de cazar que el que se mete en su madriguera a ciegas. Vamos a dejar tranquila a la señorita Griffin. Completamente tranquila. En estos momentos, ella debe estar...

En aquel momento se abrió la puerta del despacho, y Charles Bowser entró en éste.

—Ella se ha ido en un taxi, Tony.

—Bien... ¡Bien!

—Pero ¿adónde ha ido? —preguntó Nina.

—Con toda seguridad, a Hialeah, a la casa de Hilary Cozza, a recoger la licencia de matrimonio, señorita Blaine.

—¿La..., la siguen sus hombres? —susurró Marion.

—¡Claro que no! ¿Para qué? Sólo tenemos que esperar, señora Tras. Esperaremos a que la señorita Griffin diga que era la señora Cozza. Esperaremos a que presente a su candidato para próximo marido... Entonces, los atraparemos a los dos. Dejémosla que vaya tranquilamente a recoger su licencia de matrimonio, que llame o se entreviste con quien sea... No hay prisa. Y lo que menos conviene es espantar la pieza. ¿No están de acuerdo?

Las dos hermanas se miraron.

Nina suspiró.

—¿Qué hacemos nosotras?

—Vayan a descansar..., si pueden. Oh, señorita Blaine, Dave me dijo que venía hacia aquí y que él la llevaría a su apartamento. Pero, claro, si no quieren esperar, Dave se hará cargo...

—Yo..., yo no me siento con fuerzas para esperar a nadie —dijo Marion, todavía lívida—. Pero si tú quieres esperar a..., a David

Cravens, puedes hacerlo, Nina.

—Oh, no... Te acompañaré...

—No es necesario... Espera a tu..., a tu policía. —Marion consiguió sonreír levemente—. Lo quieres, Nina, ¿no es cierto?

—Sí, pero iré contigo...

—No, no... Espéralo. Sé que lo estás deseando.

—Es cierto. Pero, Marion...

—No se hable más. Tomaré un taxi yo también... ¿Puedo ya marcharme, señor Leman?

—Si el capitán Bowser no tiene nada que decirle o preguntarle, por mí, sí, desde luego.

Marion miró al atractivo y viril Charles Bowser, que movió negativamente la cabeza.

—Sólo decirle que siento mucho todo lo ocurrido, señora Trask.

—Gracias. Hasta luego, Nina.

Marion Trask salió del despacho. Nina vacilaba visiblemente entre acompañarla o no, pero Bowser se acercó a ella, le ofreció un cigarrillo, y dijo:

—No se preocupe. Su hermana no la necesita ahora... ¿Qué hora es, Tony?

—Una y veinticinco... Saldremos dentro de diez minutos... ¿Va a venir, señor?

—Esta vez, sí. Me gustará verle la cara al asesino.

Nina los miró a los dos, desconcertada.

—¿De qué están hablando?

Bowser sonrió, pero Nina tuvo la impresión de que los ojos del capitán del P. D. estaban helados.

—Hemos tendido una trampa al asesino, señorita Blaine. Sólo tenemos que esperar diez minutos para salir a buscarlo.

CAPÍTULO X

El taxi dio la vuelta y se alejó de allí. En aquel lugar y a aquella hora, era muy poco probable que pudiese tomar pasaje, de modo que regresaba a Miami, alejándose del distrito de Hialeah.

Tilda Griffin empezó a caminar hacia la casa, por el relativamente amplio sendero central. Ya no había ninguna luz encendida. A su alrededor, las luces de las casas cercanas también habían sido apagadas, de modo que sólo contaba con la de las estrellas y la luna.

Llegó al porche, abrió la puerta con su llavín y entró en la casa, encendiendo inmediatamente la luz.

Entonces suspiró, aliviada.

Estaba muy pálida, parecía asustada...

Dejó el bolso a un lado, volvió a suspirar y fue hacia el mueblebar del rincón. Con manos temblorosas se sirvió una ración de *whisky* mayor a la que jamás había tomado en su vida. Alzó el vaso sujetándolo con las dos manos y bebió tan largo trago que casi lo vació.

Respiró profundamente... y lo vació del todo. Luego encendió un cigarrillo, miró nerviosamente a su alrededor y, por último, se dejó caer en el diván.

Se fumó el cigarrillo en menos de tres minutos, estrujándolo, sacudiéndolo continuamente, sin dejar de mirar a todos lados.

Estaba esperando algo.

Y, sin embargo, cuando eso llegó. Tilda Griffin apenas pudo contener el grito de sobresaltado terror. Se mordió los labios para evitar el temblor de sus mandíbulas, y sus ojos quedaron fijos en la puerta del *living* que daba a la parte trasera de la casa, hacia el embarcadero.

El pomo de aquella puerta se movió.

Giró.

La puerta se abrió.

Tilda Griffin quedó petrificada de espanto, de incredulidad; sus ojos se abrieron hacia la locura, su boca quedó crispada en una mueca de absoluto terror. Estaba viendo al hombre, pero no podía creerlo. Un hombre alto, recio, como de treinta y cinco años, fuerte, atractivo, con un sano aspecto de deportista lleno de vigor... Llevaba unos finos guantes negros.

Por fin, Tilda Griffin pudo gritar, y pareció que su cuerpo se aflojaba.

—¡TOBIAH...! ¡Pero Dios mío...!

Tobiah Trask cerró la puerta tras él y se quedó mira ido, muy sonriente, a la muchacha.

—Hola, Tilda.

—Pero... ¡No, no...! ¡Tobiah, tú estás muerto...!

—¿Te parece? —continuaba sonriendo Tobiah Trask—. Ven a tocarme, y te convencerás de que estoy vivo, Tilda. Anda, ven a tocarme...

Tilda Griffin se puso en pie y se colocó detrás del diván.

—No..., no te acerques... ¡No te acerques!

—¿Crees que soy un fantasma? —rió Trask—. No seas tonta, Tilda. Todo tiene siempre una explicación muy sencilla..., aunque nadie sepa encontrarla. Como ves, no me devoró ningún tiburón.

La mandíbula de Tilda Griffin comenzó a temblar otra vez. Parecía que quería hablar, pero era evidente que no podía hacerlo.

—Tú... Tú..., tú...

—Cálmate, Tilda... Os engañé a todos, ¿no lo comprendes? Me tiré al agua justamente cuando pasábamos por el lugar que a mí me convenía, cerca de los arrecifes. El día anterior había dejado en esos arrecifes, bajo el agua, un par de tubos de aire, unas aletas, unos lentes y un fusil de arpón. Cuando me tiré al agua, sólo tuve que bucear a propio pulmón hasta donde estaban los tubos de aire. Me puse la boquilla, para poder respirar con comodidad, y me coloqué los tubos y las aletas, así como los lentes. Luego, bien preparado el fusil por si aparecía de verdad algún tiburón o pez peligroso, me alejé de allí a toda prisa.

—Ha... ha... había... sangre... en..., en el agua.

—Oh, es cierto... ¡Lo hice todo de modo tan perfecto! Yo llevaba una bolsita de plástico con sangre mía, extraída con una jeringuilla. Cuando caí al agua, sólo tuve que romperla... y la sangre subió a la superficie. Mmm... Como te decía me alejé de allí muy de prisa, ya sabes que soy un nadador excelente... Cerca de la playa de Miami Beach, me quité los tubos, la ropa... Todo. Hice con todo ello un paquete y lo dejé ir al fondo. Luego, como un bañista cualquiera, salí a la playa, me fui a la caseta que tenía reservada también desde el día anterior, me vestí..., y aquí estoy.

—Dios mío... Tú..., ¡tú mataste a Hilary!

—Fue una buena tirada de jabalina, ¿no crees?

—Dios... Dios mío... Tobiah, todos... todos creen que estás muerto...

—Ése era mi plan. ¿Quién podría sospechar de un muerto? Yo había sido la primera víctima; por tanto, estaba descartado de toda sospecha, naturalmente.

—Pero..., pero... ¿por qué has hecho esto?

Tobiah Trask quedó pensativo unos segundos.

—Tienes derecho a saberlo —dijo al cabo—. Al fin y al cabo, tú eres la esposa de Hilary, ¿no? Mereces...

—¿La esposa de Hilary? Tú sabes muy bien que no es cierto...

—¿Ah, no? —rió Tobiah Trask—. No vas a poder engañarme, Tilda. Marion me ha llamado al escondite que convinimos y me lo ha dicho. Sé que has venido a buscar tu licencia de matrimonio. Quizá la has encontrado ya, pero ni a ti ni al hombre con el que engañabas a Hilary os va a servir de nada. No vas a tener tiempo de heredar la parte de Hilary en la Trask & Cozza

Sports, Tilda. Y, mucho menos, podrá hacerlo tu auténtico amante...

—Tobiah, espera... Estás equivocado. No existe ningún otro hombre en mi vida, te lo juro... Yo amaba a Hilary, todos lo sabíais... ¡Me habría casado con él, sabía que pronto me lo pediría...! ¡Y tú lo has matado!

—Así es. Y ahora te toca a ti, señora Cozza.

—No... Tobiah, no... ¡Te lo juro, no estaba casada con Hilary!

—Marion me lo ha dicho por teléfono, Tilda. Y Marion no iba a engañarme, ya que todo lo hemos hecho entre los dos.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué, Tobiah?

—Porque debía mucho dinero a un tipo llamado Bourland... Ya no le debo nada... —sonrió—. Nadie le debe nada ya a Jule Bourland. Lo llamé a su apartamento y lo estrangulé con una correa... Era poca cosa para mí... Como tú, Tilda.

—Dios mío, Dios mío... Tobiah, ¿qué has hecho? ¿Qué has hecho?

—Debía ciento treinta mil dólares a Bourland, y no los tenía. Tú sabes cómo era Hilary: ¡nada de tocar el dinero de la firma!, decía siempre. Pero yo necesitaba aquel dinero, Tilda. Entonces, se me ocurrió que si todo el negocio fuese mío, podría disponer de la cantidad que se me antojase... El único modo de conseguirlo era que Hilary desapareciese. Entonces, ideé todo eso del tiburón, de la sangre... Ya sabes. Maté a Hilary, luego llamé a Bourland, y también lo maté. Ya no debo nada a nadie. Y ahora, en cuanto tú mueras, todo será de Marion.

—Por el amor de Dios, Tobiah... ¡No! ¡No me mates!

—De veras siento tener que hacerlo, Tilda. Pero mucho más apreciaba a mi socio y amigo Hilary, y lo maté... Vamos, ven aquí... No prolongues tu final. Eso sólo te hará sufrir más angustias, Tilda...

—Tobiah... Espera... ¡Espera! Tú..., tú estás muerto oficialmente... ¿Qué vas a ganar con que Marion sea la dueña de todo? No podrás disfrutarlo... Si ahora aparecieses vivo, todas las sospechas caerían sobre ti... ¿No lo comprendes?

—Querida Tilda, dentro de unas semanas, Marion dirá que no se ve con fuerzas para manejar ella sola el negocio, o quizá dirá que le trae malos recuerdos... Lo venderá. Puede conseguir lo que quiera, no menos de dos millones y medio de dólares... Quizá más. Con ese dinero, ella y yo podemos vivir toda la vida como príncipes en cualquier otro país de los muchos que hay en el mundo. Se acabó un socio tan meticuloso; se acabó un sueldo más o menos importante y venga a aumentar el capital de la firma; se acabaron los galgos, que ya me han complicado la vida bastante... Se acabó todo, menos empezar una vida de príncipes, con Marion, dentro de unas pocas semanas...

—Sospecharán... de Marion... Cuando me vean muerta sospecharán de ella...

—¡Pero no, querida...! ¿Sabes de quién sospecharán? ¡Del

hombre con el cual engañabas a Hilary!

—Pero... ¡si eso no es cierto!

La puerta trasera volvió a abrirse, velozmente, y David Cravens quedó en el umbral, con su pistola en la mano.

—Usted tiene razón, señorita Griffin —dijo—. No existe ese hombre. Todo fue una trampa.

Tobiah Trask quedó petrificado en su medio paso hacia Tilda, con las manos enguantadas en negro tendidas hacia delante. Su rostro quedó palidísimo, sus ojos fijos en aquel hombre que le estaba apuntando con una pistola...

Tilda Griffin comenzó a llorar, silenciosamente, casi riendo a la vez. Fue resbalando junto al diván, hasta el suelo, donde quedó llorando a más y mejor, aliviada del lógico miedo que había estado pasando.

—Siéntese en ese sillón, señor Trask —ordenó duramente David—. Ahora tenemos que esperar.

Tobiah Trask se pasó la lengua por los labios.

—Esperar..., ¿qué?

—A mis compañeros. ¿Va usted armado?

—Venga..., venga a comprobarlo...

—No, gracias. Es usted un hombre demasiado fuerte. Quiero que sepa que de todos modos podría hacerlo papilla con mis manos, pero no siento interés en demostrárselo. Siéntese en ese sillón... y mantenga las manos alejadas del cuerpo.

—No se fía..., ¿eh?

—¿De un asesino? Siéntese de una vez.

—Está bien. —Tobiah Trask se sentó en el sillón, por fin—. ¿Cómo ha podido descubrirme?

—Esto ha sido una trampa tendida a usted y su esposa, señor Trask. Lo malo ha sido que a la pobre señorita Griffin sólo se le pudo pedir que viniese hacia aquí, pero sin darle explicaciones... Estoy seguro de que ella nunca olvidará el miedo que ha pasado..., y le pido perdón por ello. ¿Está usted bien, señorita Griffin?

—Creo..., creo que sí...

—Estará más cómoda en el diván —sonrió David cariñosamente—. No se preocupe ya por el señor Trask. No podrá matarla, se lo aseguro.

—¿Puedo fumar? —preguntó Trask.

—No.

—Eeeh... Tomaré el cigarrillo de esta mesita...

David miró rápidamente a la mesita. Sólo había un paquete de cigarrillos, un cenicero de cristal y un encendedor musical, así como un par de revistas.

—Fume.

—Gracias... —Tobiah Trask encendió un cigarrillo—. ¿Sospechó usted de Marion, señor, señor...?

—David Cravens, del P. D. No, señor Trask, no sospeché de su esposa. Sospeché de usted.

Tobiah Trask quedó atónito.

—¿De mí? —musitó.

—De usted. Un gran deportista, un gran nadador, que cae al agua y no reaparece en la superficie ni por un segundo. Increíble. Una caña de pescar en la cual no ha picado ningún pez. Un jugador llamado Bourland estrangulado fácilmente por un hombre fuerte. Y, sobre todo, señor Trask, la jabalina.

—¿La... jabalina?

—La jabalina. No fue clavada, sino lanzada. Yo soy también un hombre fuerte, señor Trask, pero no podría hacer eso... ¿Sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque jamás he manejado una jabalina. Nunca me gustó. He practicado muchos deportes, pero no ése. Sin embargo, por mis compañeros de la Universidad, sé que no es tan fácil como parece su manejo... Había que buscar un hombre que fuese fuerte, que supiese lanzar la jabalina... Un deportista. Un hombre que tuviese motivos para matar a Jule Bourland y a Hilary Cozza. Sólo podía pensar en usted, señor Trask.

—Es usted muy listo...

—Eso dicen.

Tobiah Trask quedó pensativo, fumando. De pronto, preguntó:

—¿Qué pasará con Marion?

—Ella le avisó, ¿no es cierto? Le dijo que Tilda Griffin era la viuda de Hilary Cozza.

—Sí...

—Y usted vino a matar a la señorita Griffin por eso, ¿no?

Trask se remojó los labios.

—Sí...

—Su esposa será acusada de cómplice en dos asesinatos y en un intento de asesinato, señor Trask. Me temo que pasará muchos años en la cárcel.

—Pobre Marion...

—¿Pobre Marion? Sin duda, se olvida usted de Cozza y Bourland, señor Trask.

Afuera se oyó la llegada de un coche, pero solamente Tilda Griffin miró hacia la puerta.

Trask se inclinó hacia el cenicero, para sacudir la ceniza en él.

—Sin embargo... —empezó.

Sólo empezó.

Su mano tomó el cenicero y lo tiró, lo empujó más bien, hacia David. Era un cenicero bastante pesado, y salió lanzado con tal fuerza que podía romperle la cabeza a cualquier hombre.

Pero David Cravens se había echado rápidamente hacia un lado. El cenicero rebotó en la puerta, con fuerte golpe, mientras Cravens disparaba contra Trask, el cual se había lanzado hacia atrás con sillón incluido en la voltereta.

La bala disparada por David dio en el sillón, mientras Trask, rodando hacia atrás, se lanzaba contra la puerta del cuarto de los objetos deportivos... Todavía estaba entrando cuando otra bala disparada por David astilló el marco de la puerta.

Ésta se cerró violentamente, dejando a Trask al otro lado, en la habitación.

David corrió furiosamente hacia allá, colocándose a un lado.

—¡Trask! ¡No sea estúpido! ¡Han llegado mis compañeros, no va a poder escapar...!

Dentro de la habitación oyó ruido de cristales rotos. Trask estaba escapando por la ventana... Sin vacilar un segundo, David disparó contra el pestillo por dos veces y abrió la puerta definitivamente de un violento puntapié.

Pudo ver a Tobiah Trask en la ventana, por un segundo, al mismo tiempo que una jabalina se clavaba en la recién abierta puerta, con sonora vibración, muy cerca de la garganta de David, que palideció y corrió hacia la ventana.

Saltó por ella y pasó hacia la parte trasera de la casa, a toda velocidad. Cerca de allí oía las voces excitadas de sus compañeros y

la llamada angustiada de Nina.

—¡Dave...! Dave, ¿dónde estás?

Pero Cravens no tenía resuello para contestar. Corría detrás de Trask hacia el canal. Las intenciones de Trask estaban bien claras: lanzarse al agua. Era un nadador extraordinario, lo había demostrado, y si se lanzaba al agua iba a ser muy difícil encontrarlo.

David pudo haber matado entonces a Tobiah Trask de un solo balazo. Pero quiso cogerlo vivo. Llegó tras él en el mismo momento en que Trask se disponía a saltar al agua. David lo agarró por un hombro, lo obligó a volverse y le golpeó duramente en el estómago con la pistola.

Trask lanzó un gemido de dolor, se curvó, llevándose las manos al estómago, y resbaló en la jabalina que había llevado hasta allí, pero sin oportunidad para lanzarla.

Apenas caer, golpeó a David en las piernas y se puso en pie de un salto propio de un auténtico atleta. Pero David también lo era y, ya enderezado, le aplastó los labios a Trask de un directo que chascó sonoramente en la noche, en la semioscuridad. Trask quiso golpear también, pero, evidentemente, David, que no entendía mucho de jabalinas, sí entendía de boxeo; de modo que detuvo el golpe de Trask con un brazo y volvió a golpearle en plena boca; luego, en el estómago por dos veces. Por fin, de un cruzado, lo tiró de nuevo sobre el embarcadero.

Tobiah Trask estaba cayendo cuando soltó el malicioso golpe con un pie. Acertó a David de lleno entre las ingles, y el policía se quedó sin aliento, blanco como el papel, inmóvil, con un extraño gemido silbante saliendo de sus labios...

Trask se puso en pie, empuñando la jabalina. Retrocedió un paso, echó la mano hacia atrás...

¡Pack!

El disparo restalló nítidamente en la noche. Tobiah Trask quedó inmóvil un par de segundos. La jabalina escapó inofensivamente de su mano, al suelo. Luego, tras un par de torpes pasos, ante los ojos de David, que veía la mancha de sangre sobre el corazón de Tobiah Trask, éste cayó hacia las aguas del canal...

Tony Leman y Charles Bowser aparecieron junto a David. Bowser tenía todavía en la mano la pistola con la que había tirado a

matar contra Tobiah Trask.

—¿Estás loco? —Casi gritó—. ¡Arriesgarte así con un asesino...!

Nina Blaine apareció también, de pronto, y se echó en los brazos de David.

—Oh, Dave, no es posible, no... ¡No es posible!

—Lo..., lo siento, Nina. Pero lo que te han contado el inspector y Tony es la verdad.

—¡La verdad! —masculló Leman—. Se la podremos explicar cuando tú nos la expliques completa. Nos has manejado como a muñecos, sin explicarlo todo...

—Otra vez será al revés, Tony.

—Sí, ya sé eso... Bueno, habrá que ordenar que draguen el canal...

—Daremos la orden. Pero quizá no encuentren el cadáver... Quizá esta vez Tobiah Trask vaya a parar al mar... y se convierta, de verdad, en pasto para tiburones.

ESTE ES EL FINAL

El corazón de Nina Blaine efectuó un violentísimo salto cuando David Cravens apareció en la playa del Surf Club, en Surfside.

Como la otra vez.

David llevaba su periódico, los cigarrillos y el encendedor. Y su *slip* a rayas rojas y negras. La vio perfectamente, Nina estuvo segura de eso. Pero no fue hacia ella. Se tumbó en la arena, junto a una palmera, encendió un cigarrillo, abrió el periódico, y le hizo señas a un barman-beach.

Nina Blaine se puso en pie, se sacudió unos granitos de arena de su bikini azul, y fue hacia allá. Se sentó junto a Cravens, y éste la miró, seriamente, en silencio.

—Ho... hola, Dave...

—Hola, Nina.

—¿No... no quieres hablar conmigo?

Cravens frunció el ceño.

—¿Te estás burlando de mí, Nina? Durante tres semanas he estado esperando tu llamada. No me has llamado ni me has enviado ningún recado... Supongo que crees que debes guardarme rencor por haber sido el causante de que tu hermana haya sido condenada a prisión. Pero te diré una cosa, Nina: jamás faltaré a mi deber, cuando sea y contra quien sea.

—¿Has... terminado? —susurró ella.

—No. Queda algo más por decir: te amo, Nina.

Nina Blaine sonrió luminosamente.

—Dave, he regalado la

Trask & Cozza

a Tilda Griffin. Ahora somos buenas amigas, porque sé que ella amaba realmente a Hilary. Antes creía que era una... una simple amante. Ahora, no. Ahora sé lo que ella está sintiendo por la pérdida de Hilary.

—¿Cómo puedes saber lo que siente ella? —Gruñó Dave.

—Porque yo lo he estado sintiendo hasta que has dicho que me amas.

—Nina...

—Dave, no tengo nada ya. Todo es de Tilda. No quiero nada que se relacione con el dinero de Tobiah o de Hilary. Y... y comprendo muy bien que tú cumplieses con tu deber. Tú no tienes la culpa de lo que querían hacer... o hicieron mi hermana y Tobiah. Ahora ya ha pasado todo, ya he reflexionado... David, déjame decirte que te amo.

David Cravens se quedó mirando fijamente a Nina.

—¿Has terminado? —susurró.

—No. No, Dave... Queda algo por decir: ¿no fuiste tú quién me habló de las bodas de fin de semana?

—Sí... ¿Y qué?

—Hoy es sábado... Tienes libre otro fin de semana...

El hombre del P. D. suspiró profundamente. Iba a decir algo, pero una voz preguntó, junto a ellos:

—¿Diga, señor Cravens?

Éste miró al camarero.

—Eeeh... Nada, Tom. No quiero nada. Pero apúntate veinte dólares de propina.

—Muchas gracias, señor Cravens.

El hombre se alejaba ya.

—Tom.

Se volvió. Cravens había pasado un brazo por los hombros de la maravillosa muchacha que le acompañaba.

—Diga, señor Cravens.

—¿Sabes de algún reverendo que esté cerca de aquí? Pero muy muy cerca... ¿Comprendes?

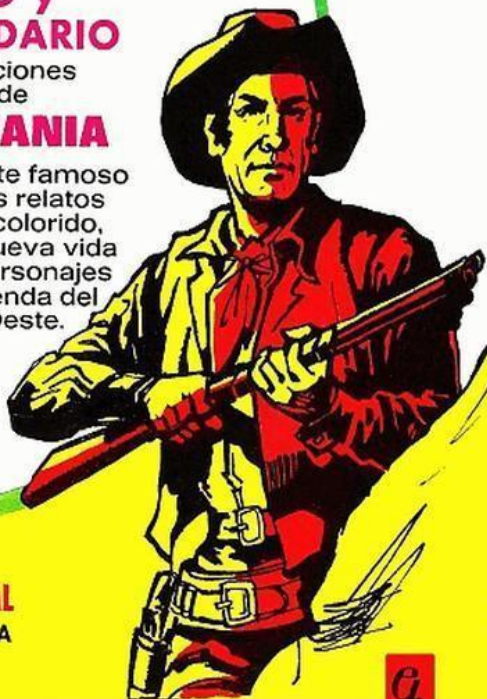
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.

APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] Go es una revista de pequeño tamaño, distribuida gratuitamente ya que el costo de su edición está sostenido por las empresas que hacen publicidad en ella. Es una guía de las rutas marinas que bordean la ciudad de Miami, y está destinada exclusivamente a deportes marinos: regatas, pesca, giras en yate, esquí náutico... (N. del E.). < <

[2] La palabra «kennel» significa, en inglés, perrera, y, por extensión, «galguera». El Miami Beach Kennel Club es el más lujoso canódromo de Miami, situado en la punta sur de Miami Beach. (N. del E.). < <